

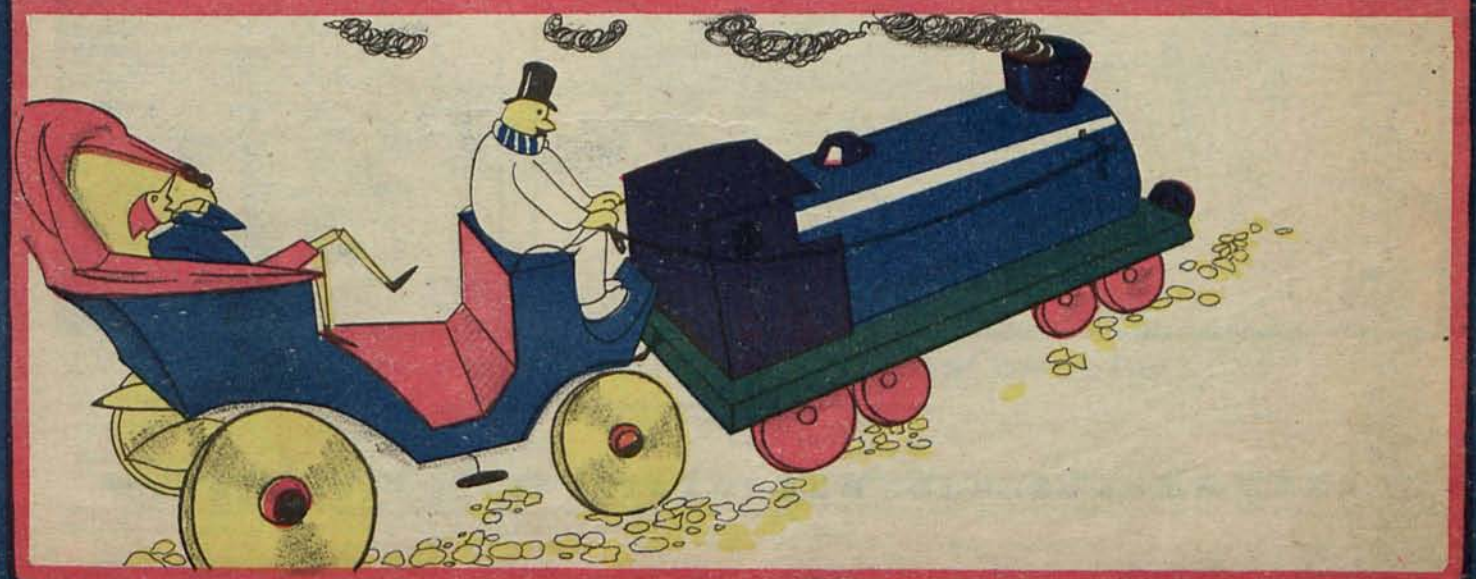
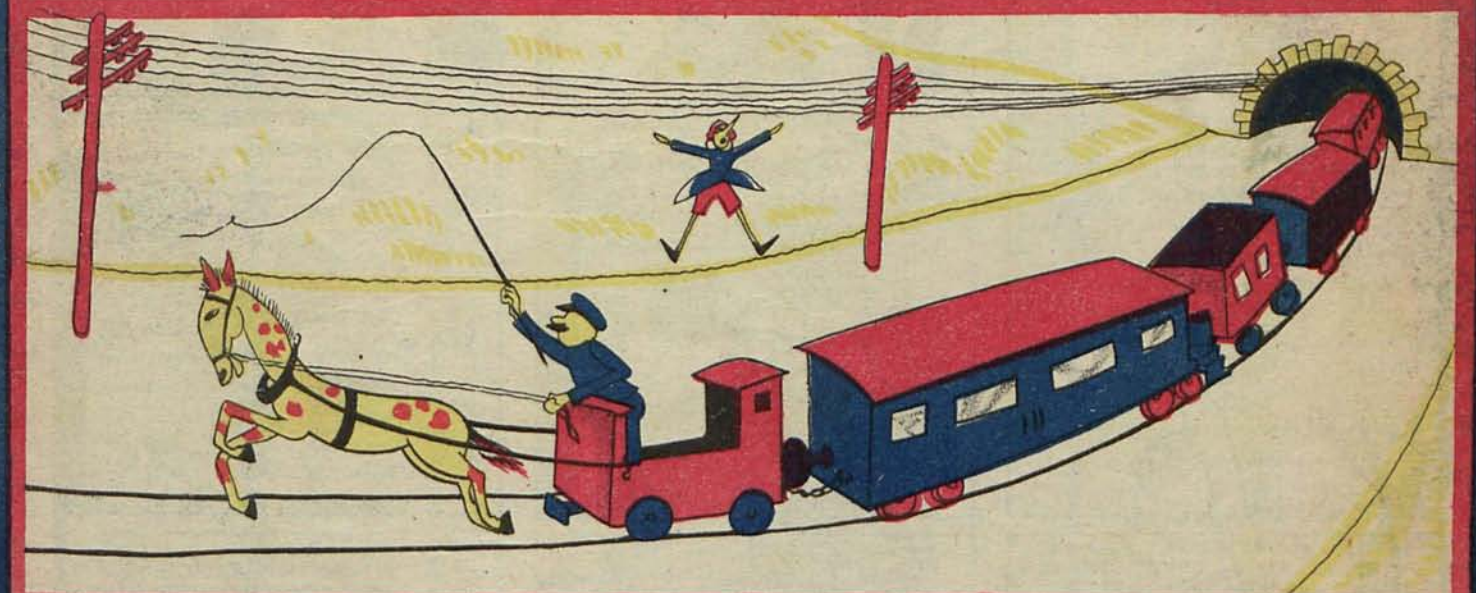
PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

AÑO I
NUM 42

40 Cents.

6 DICIEMBRE
1925

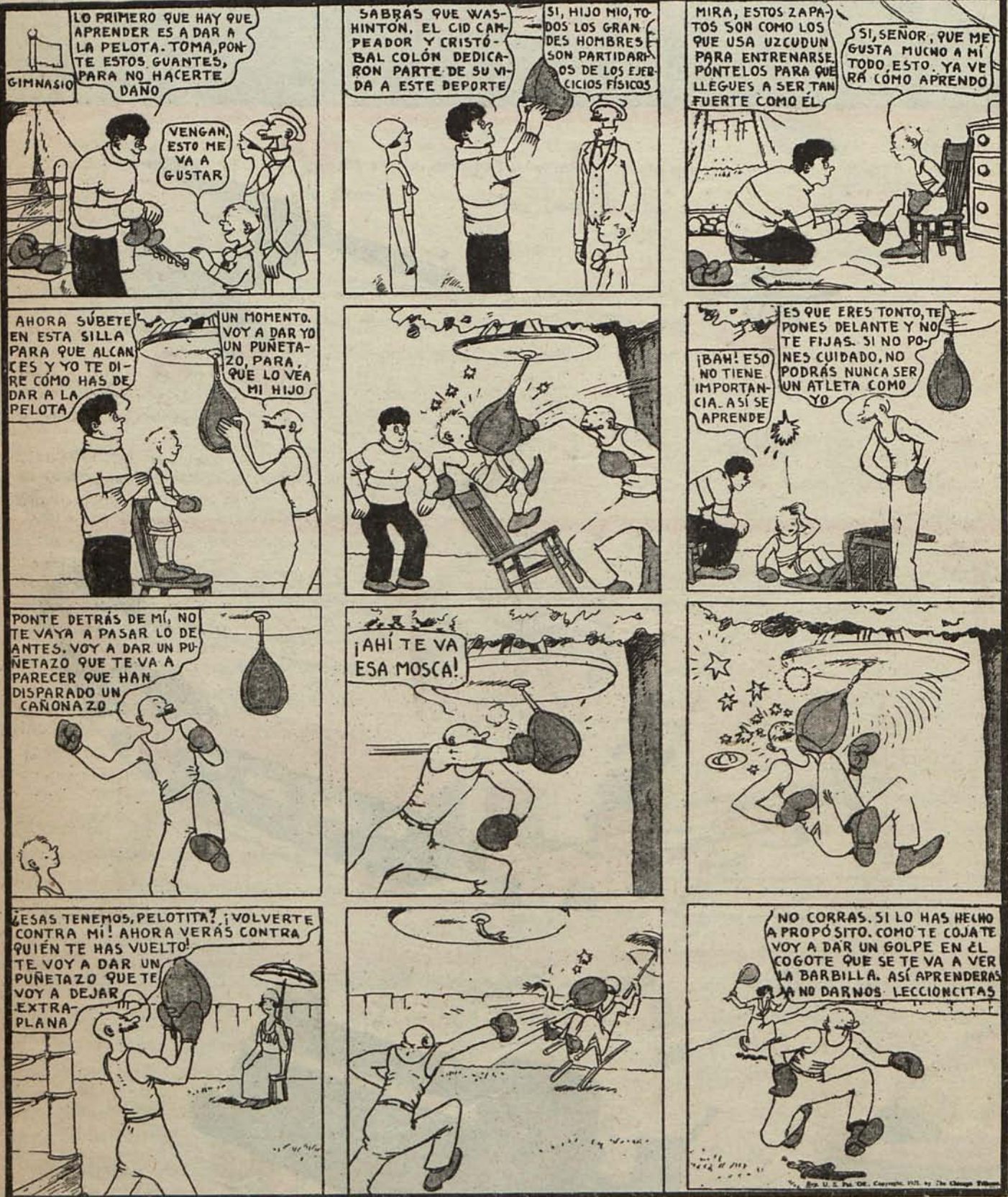


PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.—ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIAN.—ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA, 28. APARTADO 447.—SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 20 PESETAS OTROS PAÍSES, AÑO 30 PESETAS.



PELAGIO CARAMILLO Y FAMILIA



PINOCHO EN LA ISLA DE "LA CARABA"

Explicación del dibujo de la cubierta.

(Continuación.)

Ansioso de emociones, el gran Pinochito cruza la isla de «La Caraba» a la caza de cosas raras. Animado por el recibimiento que le hicieron las autoridades, presentándose cabeza abajo, nuestro héroe supone que ha de ver cosas más raras todavía.

En efecto, cuando iba a cruzar la vía del ferrocarril, siente el ruido de un tren que se acerca. Se detiene para verle pasar, y su asombro es terrible al ver que un

caballito flacucho va tirando de todo un expés de lujo. Pinocho a poco se cae de risa.

Si los expresos van tan despacio como un caballo flaco, Pinocho cree que los coches de punto irán a paso de tortuga. Pero ¡cuál no sería su sorpresa al montar en uno y ver que en vez de jaca va tirando una veloz locomotora!

(Continuará en el número próximo.)

Pinocho y Los DEPORTES



Crónica deportiva.

POR DUX.

El gacetillero deportivo se encuentra hoy ante la necesidad de hablaros rápida, casi cinematográficamente, de los acontecimientos deportivos.

El campeonato español de fútbol se encuentra en la primera fase (campeonatos regionales) y aún no hay una región que nos permita dar un pronóstico ni hacer una suposición que, más que aventurada, sería caprichosa.

En Valencia, en donde el «Gimnástico» y el «Valencia F. C.» marchaban a la cabeza, empataron, para que la situación siguiese siendo equilibrada e inquietante. En Barcelona, donde el «F. C. Barcelona» sufre su ejemplar castigo, puede decirse que aún no comenzó la liza. En Guipúzcoa, donde el campeonato consta de seis vueltas, todo es impreciso hasta última hora. En Asturias todo es tranquilidad hasta el momento, e igual ocurre en Galicia.

La política futbolística se agita inquieta hasta el punto de obligar al Comité nacional a presentar su dimisión, otra dimisión; los gallegos y cántabros son ahora los revoltosos; bien es verdad que la situación en Galicia está tan enmarañada, que el peligro es grave y va siendo necesario atacarle de frente y hasta su raíz, si es que se quiere salvar a una de las regiones más fuertes y valiosas dentro de este deporte. Por último, en la región centro, el «Racing» y el «Madrid» van a la cabeza de la puntuación, si bien es muy probable que todo varíe cuando se hayan jugado los partidos «Racing-Athletic» y «Madrid-Gimnástica».

El fútbol internacional nos ofrece un resultado normal y hasta lógico —esto es poco común en el fútbol—. Italia y Hungría han empatado a un tanto, y España venció recientemente a ambas naciones por idéntico «score», 1-0.

En la crónica anterior os prometí hablaros de Paulino Uzcudun, nuestro joven campeón de los pesos fuertes, que probablemente cuando leáis estas líneas Paulino habrá medido sus fuerzas nada despreciables con las del coloso campeón de Alemania.

Paulino no irá a América, según ha manifestado su apoderado Descamps, hasta que pueda ostentar el título de campeón europeo, y no combatirá con las primeras figuras de Norteamérica hasta que haya derribado a las de la América Central y las del Sur. «Nada de alardes ni saltos peligrosos en donde se puede caer para no levantar jamás.»

Antonio Ruiz, una vez que haya confirmado su título europeo con su compatriota Ciclone, combatirá con Mascart y Routis, e inmediatamente marchará a América, que es una especie de almacén de títulos mundiales..., y allí, a puñetazos, se abrirá camino hasta campeón mundial del peso pluma.

Los deportes de nieve comienzan su reinado, y pronto comenzarán los concursos de Peñalara y el Club Alpino.

El ciclismo está adormecido, y del atletismo no se practican por ahora más que campeonatos interclubs.

El Torneo de Pinocho comienza, a partir de ahora, a adquirir nuevos bríos, orilladas las dificultades de campos que ha tenido que resolver el Comité organizador.

Se anuncian..., pero temo pecar de indiscreto; dejemos que Pinocho os diga algo sobre este particular en el número próximo.

En Ceuta.

En Ceuta se jugó el domingo un partido de fútbol entre los equipos primero y segundo «teams» «Club-Fraternidad», ganando el primero por 4 a 2.

Formaron el primero los jugadores siguientes:

Bertuchi; Alonso (M.), Pecina (M.); Ortega, Romero, Alonso (F.); Delgado, José González y Castelo.

El segundo se alineó así: García; Alvarez, Nieto; Santos, Arévalo, Urquiza; Trujillo, Gabizón, Nebot, Pichot y Moscardó.

Faltaron algunos jugadores.

A las once de la mañana comenzó el partido, sacando los del segundo; al poco tiempo se apodera del balón Alonso (F.) y hace el primer «goal».

Sacan otra vez los del segundo y coge el balón Gabizón, que, acercándose a la portería contraria, da un admirable «shoot», haciendo el «goal» de empate; y con este resultado, de 1 a 1, termina el primer tiempo.

En el segundo tiempo los jugadores estuvieron un poco desanimados, marcando Alonso otro «goal», y luego, Gabizón, otro. Luego, Alonso (M.), de un formidable «shoot» manda el balón a un defensa contrario; pero es atacado inmediatamente por J. González, que se apodera del «esférico», marcando, de un formidable «shoot», el tercer «goal» a favor del primero.

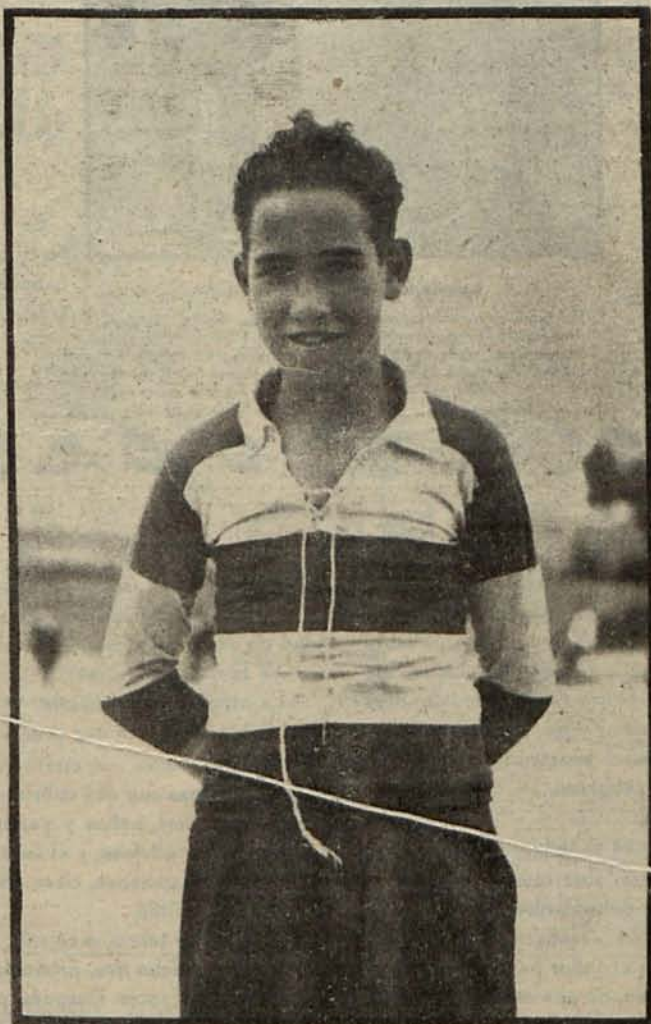
Sigue el partido con un constante dominio del primero, que, al fin, Alonso (F.), ¡el héroe de la jornada!, marca el cuarto y último «goal» a favor del primero.

Terminando así el partido con el resultado de 4 a 2 a favor del primero.

Por el primero se distinguieron Alonso (F.) y el portero.

Por el segundo, Arévalo, Trujillo y Gabizón; Alonso (M.) y Nieto, muy bruscos.

J. GONZÁLEZ BENAVENTE.



Nuestros «ases».

Miguel Bernabeu, el admirable guardameta del «Pinochista Invencible», de magna actuación en nuestro torneo. (Foto ALVARO.)

En Málaga.

Un interesante encuentro, primero del Campeonato regional de la B, celebróse el pasado día 8 de noviembre, entre los equipos «Victoria Eugenia F. C.» y «Athlétic Malagueño».

Los equipos lo componían: «Victoria Eugenia»: González; Puerta, Rodrigo (II); Amate, Alfambra, Muñoz; Rodrigo (I), González, Amate (J.), Andrade y Bravo.

«Athlétic Malagueño»: Porra; Sánchez, Martínez; Vicaria, Vera, Poy; Palomo, Trespacios, Rueda, Sevilla y Becerra.

El partido fué reñidísimo, dando un empate a cuatro tantos.

Se distinguieron por el «Athlétic» los jugadores: Becerra, Trespacios y Porra.

Y por el «Victoria»: González, Amate y Andrade.

Actuó de árbitro el colegiado señor Medina, el cual lo hizo bastante regular.

MELENITAS.

En Buenos Aires.

«Pinocho A», 3; «Sp. San Martín», 1.

«Pinocho» jugó mucho mejor y venció con cierta facilidad; los «goals» los marcaron: Rieti, 2, y Dacal, 1; del contrario, Bermeso.

«Pinocho» formó así: A. Lucarelli; Inzua, Barcus; Martínez, Marini, Lagarde; Linari, Dacal, Rieti, Lagarde y Lucarelli.

«Pinocho B», 5; «Sportivo San Martín» (menores), 0.

Se jugó un solo tiempo, pues al segundo los vencidos no se presentaron; marcaron los «goals»: F. Lucarelli, 2; Zeliz, 1; Kalmuco, 1 y Riciardi, 1.



Los «ases» y sus discípulos.

He aquí el notable «crossman» madrileño, Felipe Atienza, acompañado del popularísimo vendedor de PINOCHO el niño Tomás Cano, de cuatro años, en cuya afición a los deportes y futuras cualidades de hacer vislumbrar en él a un futuro atleta.

(Foto ALVARO.)

«Pinocho B» formó así: Hatal; Tevecioni, Delgado; Licati, Rozas, Carri; Kalmuco, Riciardi, F. Lucarelli, Torres y Zeliz.

«Wanderers A», 2; «América», 0.

«Wanderers» formó así: C. Moro; J. Sixto, H. Modesto; A. Domínguez, Leiba, F. Joaquín; J. Zozcano, R. Lalate, S. Siaciari, A. Simón y E. Bardelli.

S. Siaciari y Simón marcaron los tantos.

«Wanderers B», 3; «Bozarino», 1.

«Wanderers» venció fácilmente; marcaron los tantos: P. R. Panza, 1; Coy, 1, y Lozzi, 1.

El «team» vencedor formó así: A. Ríos; L. Asenzo, J. Alegrina; M. Olnari, P. R. Panza, D. Vizconti; Calloda, Seavoni, Asenzo, Coy y Hozzi.

Nota.—El «Foot-Ball Club Wanderers», entendiendo que el jugador Sabino Siaciari es su mejor delantero, le hizo entrega de una artística medalla de plata.

FÉLIX ZANCIVAR.

En Barcelona triunfa un equipo pinochista.

En la ciudad condal se ha jugado un partido amistoso, con carácter de entrenamiento, entre el «Deportivo Pinochista», infantil, y una selección infantil.

Los pinochistas vencieron por 3 a 2.



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?

—Hoy quisiera saber, señor buho, para qué sirven nuestras cejas.

—Comprendo tu curiosidad, amigo mío. Todos debieran saber contestar a esta pregunta, la más importante de todas cuantas me has hecho hasta ahora. Tenemos cejas por dos razones, las dos muy importantes: Primeramente, si no tuviéramos cejas, el sudor que resbala por nuestra frente en los días de calor penetraría en nuestros ojos. Ello sería perjudicial lamentable, peligroso.

—¿Por qué, señor buho?

—Ello sería perjudicial, no sólo porque el sudor, cayendo sobre tus ojos, entorpecería tu vista, te cegaría, sino también porque el sudor es venenoso, sustancia de la que debe desprenderse el hombre inmediatamente lavándose, bañándose, aseándose.

—Pero no comprendo, señor buho. Si el sudor perjudica a nuestros ojos, ¿cómo las lágrimas, en cambio, no nos causan molestia?

—Grande es la diferencia, querido Chonón. Muy grande. El sudor, como te he dicho antes, es venenoso; los lágrimas, por el contrario, constituyen una agua especial que sirve precisamente para lavar los ojos.

—He observado que las lágrimas están saladas.

—¡Naturalmente! Si tomas sal del salero, muy poquita sal, y la echas en un vasito lleno de agua, obtendrás un vasito de lágrimas, cosa muy parecida, Chonón. La lágrima es esto: agua con sal, agua de mar.

—Pero hablábamos de las cejas, querido buho.

—Sí, te decía que las cejas impiden que el sudor, por demás venenoso, caiga sobre nuestros ojos —quiero decir sobre vuestros ojos—. Ello está muy bien y las cejas cumplen su oficio con una regularidad, con una honradez, con una fidelidad insuperable. Colocadas encima de los ojos, desvían hacia ambos lados, hasta las sie-

nes, el sudor que resbala por nuestra frente en verano. Esta es la primera razón, la principal, la que se refiere a la conveniencia o utilidad de nuestras cejas —de vuestras cejas; siempre me equivoco.

—¿Y la otra razón?

—La otra, curioso Chonón, es distinta, y se refiere, no a la utilidad, sino a la belleza que presta al rostro el adorno de las cejas. La naturaleza obra con cierto garbo y no sólo da al pavo real, por ejemplo, plumas con qué cubrirse, sino que le ofrece plumas admirables de muchos, bellos y variados colores. Al caballo le da una crin ondulante y lujosa, y al león su cabellera, y a todos los animales —salvo excepciones, claro está— algo que los haga agradables, atraentes, bonitos.

—¿Y por eso tenemos cejas?

—Ya te he dicho que, primeramente, por razón de utilidad, porque son convenientes. Después, porque agracian el rostro. Imagínate lo feo que estarías tú si carecieras de esas dos pinceladitas. Además, las cejas llaman la atención sobre lo más interesante del rostro de una persona: los ojos. Son éstos precisamente los que más dicen de la inteligencia de un individuo. ¿Te has fijado en los ojos de Pinocho, en la mirada viva y perspicaz de Pirula? Pues bien, las cejas vienen a subrayar ese encanto de los ojos, de la misma manera que nosotros, cuando escribimos, para llamar la atención sobre la importancia de una palabra, subrayamos la palabra.

—Entonces, algunas personas que se tiñen las cejas...

—Pues lo hacen precisamente para eso, para llamar la atención sobre sus ojos. Pero los que, como tú, como Pirula, como Pinocho, tienen ojos inteligentes, vivos, simpáticos, no necesitan semejante artificio. ¿Comprendes?

—Comprendido, amigo buho.

LOS EXPLORADORES DEL MELORIA

POR EMILIO SALGARI

(Continuación.)

—Ea, muchachos, dáos prisa —dijo el lobo de mar, volviéndose hacia los marineros.

Apretaron los dos jóvenes, y un cuarto de hora más tarde llegaba la chalupa a la pequeña ensenada, embarrancando en un bajo fondo cubierto de cañaverales.

Una bandada de ánades silvestres, que se hallaban escondidos entre las plantas acuáticas, asustada por el inesperado choque, echó a volar, graznando, como si quisiesen protestar del susto.

Vicente y el doctor apresuráronse a saltar a tierra, dirigiéndose sin pérdida de tiempo hacia aquella roca aislada que surgía en terreno casi cenagoso.

Junto a la base de la roca habían descubierto una abertura, no muy grande, que parecía ser la entrada de alguna caverna.

—Venid —había dicho el doctor a Vicente—. Creo que estamos muy cerca del famoso canal del capitán Gottardi.

—También yo comienzo a creerlo —respondió el interpelado.

Ambos se introdujeron por la abertura. Encontráronse en una galería baja y ancha, tanto que permitía la marcha de dos en fondo. Las paredes eran desiguales, pero presentaban en varios lugares las señales del pico, señal evidente de que había sido abierta por la mano del hombre.

Detuviéronse para escuchar.

Allá, al fondo de la galería, oíase un ruido sordo que parecía salir de un abismo, producido por una corriente de agua.

—¿El canal? —preguntó el pescador.

—Lo supongo —respondió el señor Bandi, después de escuchar durante un rato.

—¿Conducirá esta galería al canal?

—Así lo creo. Traed una antorcha y un pico.

El pescador no se hizo repetir la orden. Echó a correr, volviendo a los pocos momentos con lo pedido.

—Vamos —dijo el doctor, tomando la antorcha.

—Cuidado dónde ponéis los pies.

—No temáis, Vicente.

La galería descendía rápidamente, como si quisiera dirigirse a las entrañas de la tierra. Su altura y su anchura no disminuían, pero el suelo estaba lleno en algunos lugares de bloques y montones de tierra, desprendidos, acaso, de la bóveda que se veían obligados a remover para abrir paso.

Tras un camino de cincuenta pasos, durante el cual el fragor iba en aumento hasta hacerse ensordecedor, llegaron los exploradores a una espaciosa cueva, de altísima bóveda y de cuyas paredes manaba agua.

Al extremo opuesto oíase ruido de olas, que se estrellaban contra desconocidos obstáculos.

A los dos exploradores se les escapó un grito de alegría:

—¿El canal...!

El doctor levantó en alto la antorcha para iluminar mejor el camino.

A veinte pasos de distancia veíase un hueco, por el cual se oía el fragor.

Allá se dirigieron presurosos, encontrándose en seguida sobre un río subterráneo, que corría dos metros más abajo de sus pies, con sordo ruido.

—¡La galería...! —exclamó el señor Bandi.

—¿La veis?

—Hállase a nuestros pies.

—¿Es muy amplia?

—Me parece grandísima.

—¿Qué dirección tiene?

—De levante a poniente.

—¿Creéis que desembocará en el valle del Brenta?

Más tarde lo sabremos.

—Permitidme ver, doctor.

Retiróse el señor Bandi para hacerle lugar, y, tomando la antorcha el lobo de mar, alargóla ante sí cuanto pudo, contemplando, escalfado por el terror, aquel negro río que mugía bajo la bóveda de la cueva.

Aunque la luz de la antorcha no llegaba muy lejos, a causa de que la corriente de aire hacía oscilar incesantemente la llama, el pescador vió una gigantesca galería que se dirigía hacia levante, un túnel colosal, capaz de dar paso a un bajel de grandes dimensiones siempre que la profundidad del agua, a su vez, le permitiese navegar.

—Es increíble —dijo el pescador.

—Es maravilloso —respondió el doctor.

—¿Cuántos metros pensáis que habrá desde la bóveda hasta el nivel del agua?

—Lo menos doce.

—¿Podría, por tanto, pasar un acorazado sin arboladura?

—Sí, Miguel.

—¿Tendrá mucha profundidad el agua?

—Lo supongo.

—Corre de levante a poniente, ¿no es cierto?

—Sí, Miguel.

—Entonces el agua procede del pantano.

—Así lo creo.

—Hay una cosa que me sorprende, doctor.

—¿Cuál?

—Que el aire sea respirable. Aquí debería faltar o poco menos.

—Quizá haya millares de ranuras abiertas en la techumbre.

—La galería tendrá, por tanto, comunicación con el exterior.

—De seguro; pero, ¿quién sabe dónde?

—Señor Bandi, jamás me han gustado las tinieblas, pero estoy impaciente por navegar en ese río tan negro.

—Mañana nos sepultaremos en las entrañas de la tierra. Volvamos ahora y hagamos los preparativos.

—Nuestra chalupa no puede pasar por la galería de la roca. Habría que desarmarla para armarla después, trabajo no poco difícil, doctor.

—Os he dicho que no necesitamos la chalupa. He pensado en todo.

—Vayamos, pues, a descargar los cajones y ver vuestro batel.

Dejaron la cueva, volvieron por donde habían ido y pronto llegaron al exterior.

Durante su ausencia, los dos marineros habían desembarcado todos los cajones y los habían colocado de tal modo, que formaban un abrigo suficiente para poder pasar la noche, con una gran cubierta de tela impermeable.

El doctor y el patrón, después de informarles del éxito de la exploración, hicieron abrir una caja, sobre la cual veíase pintada una embarcación. Apenas tendría dos metros de larga por uno de alta, y tan ligera, que un hombre, un muchacho, podía levantarla sin esfuerzo.

—Aquí está nuestra chalupa —dijo el señor Bandi.

Los tres pescadores miráronse, estupefactos.

—¡Una chalupa aquí dentro! —exclamó Vicente, el patrón.

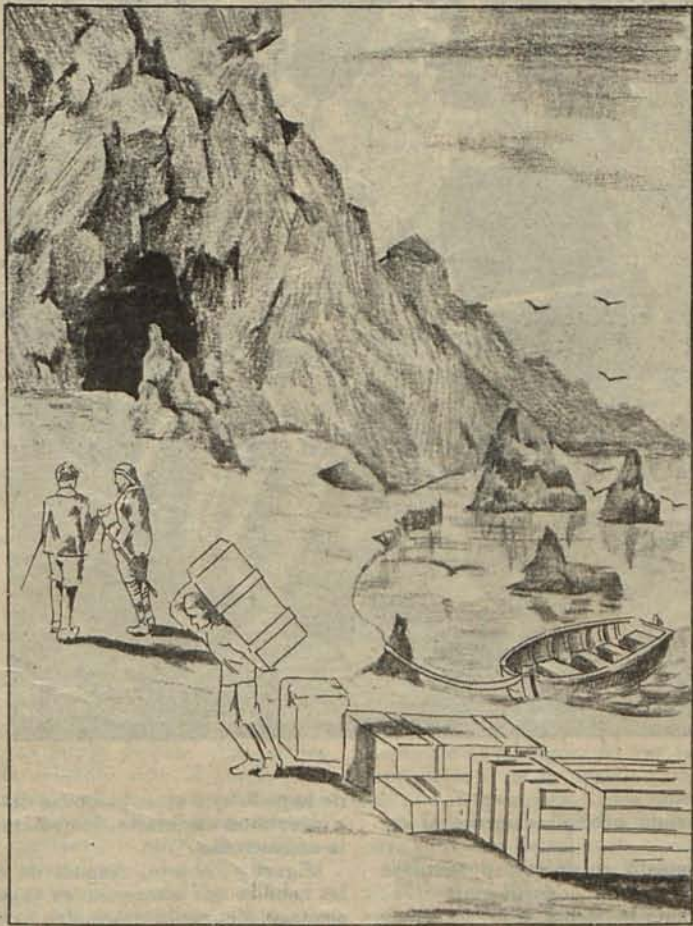
—¿Debe de ser tan pequeña que apenas sostendrá una persona... y no ha de ser muy pesada?

—Os engañáis —respondió el doctor—. Puede con cuatro hombres y todos nuestros cajones.

—No puedo creerlo, doctor.

Sostenidas las tablas por tornillos fué cosa fácil abrirla. Pronto aparecieron ante los asombrados pescadores varias maderas unidas por bisagras, que semejaban el esqueleto de un barco, con una cubierta de tela impermeable, al parecer.

—¿Es eso un batel? —preguntó el patrón.



—Desmontable, y tan ligero que un muchacho de quince años puede llevarlo donde quiera —respondió el doctor.

—¿Y dónde está el casco? No veo las piezas.

—Nada de cascos.

—¿Entonces...?

—¿No veis esa tela? Se adapta perfectamente a la armadura y a la quilla, y no deja entrar ni una gota de agua.

—¡Es admirable! —exclamaron los tres pescadores.

—¿Y no habrá peligro? —observó, tras algunos instantes, Vicente, el patrón.

—¿Y por qué ha de haberlo, amigo mío.

—Por causa de su extrema ligereza.

—Nuestras cajas bastarán para darle estabilidad.

—¿Qué habéis guardado en estos barriles, señor Bandi?

—Los víveres: carne salada, café, azúcar, bizcochos, frutas secas, hornillos de alcohol, utensilios de cocina, armas, unos cuantos cartuchos de dinamita, agua dulce...

—¿Agua también? —preguntó Vicente—. ¿Para qué? Hay un río en la galería.

—Aún no sabemos si ese agua se podrá beber.

—Es verdad, doctor. Soy más bruto que un hipopótamo.

—También me había provisto de un equipo para buzo, creyendo que el canal desembocaría en el pantano; lo llevaremos, porque nadie sabe lo que puede suceder.

—Preparemos algo para comer, y luego pondremos en orden el contenido de las cajas.

—¿Cuándo partiremos? —preguntaron los tres pescadores.

—Al despuntar el alba —respondió el doctor—. Por hoy descansaremos.

Sacó de una caja un hornillo de alcohol, y ayudado por sus acompañantes preparó en breve tiempo una buena comida, consistente en judías con bacalao y tocino, frutas secas, conservas y quesos de varias clases. Dos botellas de vino generoso completaban aquella comida, hecha al abrigo de unos cajones y a dos pasos de la playa.

Durante el día dedicáronse los cuatro audaces exploradores a poner en orden los diversos objetos que contenían los cajones y ensayaron armar el bote plegable, facilísima operación que requirió muy poco tiempo.

Al llegar la noche, formaron con cajas, barriles y tela un cobertizo, y se tendieron debajo, con la tranquilidad de quien confía en no ser molestado, porque el valle del Brenta era lugar que nadie frecuentaba.

A la mañana siguiente, antes de salir el sol, cuando las aves acuáticas dejaban sus escondrijos para lanzarse en el amplio pantano, hallábanse ya en pie los cuatro exploradores, dispuestos a dedicarse al transporte de cajas y toneles.

Acababan de tomar el café, cuando Miguel, que se había llegado a la chalupa para ver si habían dejado en ella algún objeto, vió con gran asombro que, a muy poca distancia, había sumergida en el agua otra barca que hasta entonces nadie había visto.

—¡Señor Bandi! —exclamó, volviendo precipitadamente al cobertizo.

—¿Qué sucede, muchacho? —contestó el doctor, poniéndose en pie.

—¿Habéis oído algún disparo durante la noche?

—Absolutamente ninguno —respondieron todos.

—Pues en esta playa han debido desembarcar cazadores.

El doctor y Vicente, el patrón, se miraron con cierta inquietud.

—¿Nos estropearán la empresa? —preguntó el primero—. Me disgustaría tener que aplazarla.

—¿Por qué supones que han desembarcado aquí cazadores? —preguntó el patrón.

—Sobre un banco de arena está embarrancada una barca, recostada sobre estribor. Allá se ve; no dista más de doscientos pasos.

—¡Una barca! —exclamaron el doctor y Vicente, precipitándose hacia la orilla.

—Ayer no estaba —dijo Miguel—. Estoy bien seguro.

—La hubiéramos visto —dijo Vicente—. ¡Mil truenos! ¿Qué es esto? ¿Nos espiará alguien?

—¿Quién puede haber tenido noticia de nuestra empresa?

—¿Quién? ¡Ah...! ¡Mil rayos...! ¡Hemos olvidado demasiado pronto a aquel perro de eslavo...!

—¿Simón Storvik...?

—Sí, doctor.

—¡Hum...! El eslavo se habrá embarcado en cualquier nave de Chioggia o de Venecia —dijo el señor Bandi—. ¿Qué interés puede tener él en esta expedición científica?

—La esperanza de hallar un tesoro.

—Vamos a ver la barca, señores —dijo Miguel—. Quizá podamos averiguar algo.

—Y, sobre todo, veamos si hay huellas sobre el terreno pantanoso —añadió Roberto, el joven moreno de negro bigote.

Dejaron su improvisado campamento, y caminando por la costa llegaron muy pronto al lugar donde se hallaba la chalupa.

Era una vieja barca, de cinco o seis asientos; una de las que los venecianos llaman *caicco*, sin número ni nombre alguno, destruida en parte.

Advertiase, sin embargo, que hacia poco que había sido rota, pues en su interior veíanse aún astillas recientemente cortadas.

Nadie se veía en ella que pudiera dar pie a una suposición, si no eran aquellos pedazos de madera. Por último, los remos habían desaparecido.

Sobre el banco, que la bajamar había dejado al descubierto, notábanse huellas de pies, pero el agua las había casi borrado.

También sobre la orilla se veían huellas, pero, dado lo cenagoso del terreno, no servían para obtener una pista.

—¿Qué os parece, señor Bandi? —preguntó el patrón.

—No me explico la presencia de esa barca en este lugar —respondió el doctor, que no estaba menos preocupado que sus compañeros—. ¿Estáis seguros de no haberla visto ayer?

—Ayer no estaba —respondieron todos.

—¿Dónde estarán sus tripulantes?

—¿Y por qué la habrán destrozado? —añadió Vicente.

—¿Se han llevado los remos y los pedazos que faltan? —preguntó Roberto.

—Misterio —dijo Miguel.

—¿Qué pensáis hacer, doctor? —preguntó Vicente.

—No ocuparme más de la embarcación ni de sus tripulantes y seguir haciendo los preparativos para la partida —respondió—. Al fin y al cabo creo que este asunto no nos importa. Transportemos nuestros cajones a la cueva.

—Vamos, doctor —dijo Vicente—. Estoy impaciente por navegar en las entrañas de la tierra.

Sin detenerse en más consideraciones, volvieron a su campamento y pusieron alegremente manos a la obra.

Transportaron en primer lugar todos los cajones a la galería, y a fin de no dejar señales de su estancia en aquel lugar, hundieron la barca sobre un banco de arena que se hallaba a cuatro metros de profundidad.

Hecho esto, encendieron varias antorchas, que colocaron a lo largo de la galería, y comenzaron el transporte de todos sus utensilios, los cuales amontonaron en la última caverna.

Todo estaba dispuesto para la partida antes del mediodía. No faltaba más que echar al agua el bote, que ya estaba montado.

Antes de abandonar definitivamente la caverna, Vicente y el doctor obstruyeron la galería con grandes piedras, a fin

de impedir que otras personas descubrieran la existencia del canal e intentaran explotarlo. Inmediatamente dieron la orden de botar la embarcación.

Miguel y Roberto, después de cerciorarse de que la armazón y las hebillas que mantenían en tensión la tela impermeable estaban seguras, hicieronla descender hasta la superficie del agua, valiéndose de dos cuerdas, y descendieron ellos a su vez para recibir las cajas.

Apenas sintieron bambolearse la chalupa, a causa del ímpetu de aquella negra corriente que se precipitaba por el canal, golpeando sordamente las paredes y mugiendo bajo las oscuras bóvedas, no pudieron sustraerse a una viva impresión de terror.

—Cualquiera diría que íbamos a bajar a los infiernos —dijo Miguel con voz trémula—. Ya nos acostumbraremos; pero, por el momento, confieso que tengo miedo.

—El patrón y el señor Bandi nos acompañan —replicó Roberto, y en ellos debemos confiar.

—No estoy tranquilo, sin embargo.

—No digo lo contrario; será cosa de pocos momentos.

—¿Ves tú algo?

—No veo más que el agua, que corre hacia Poniente.

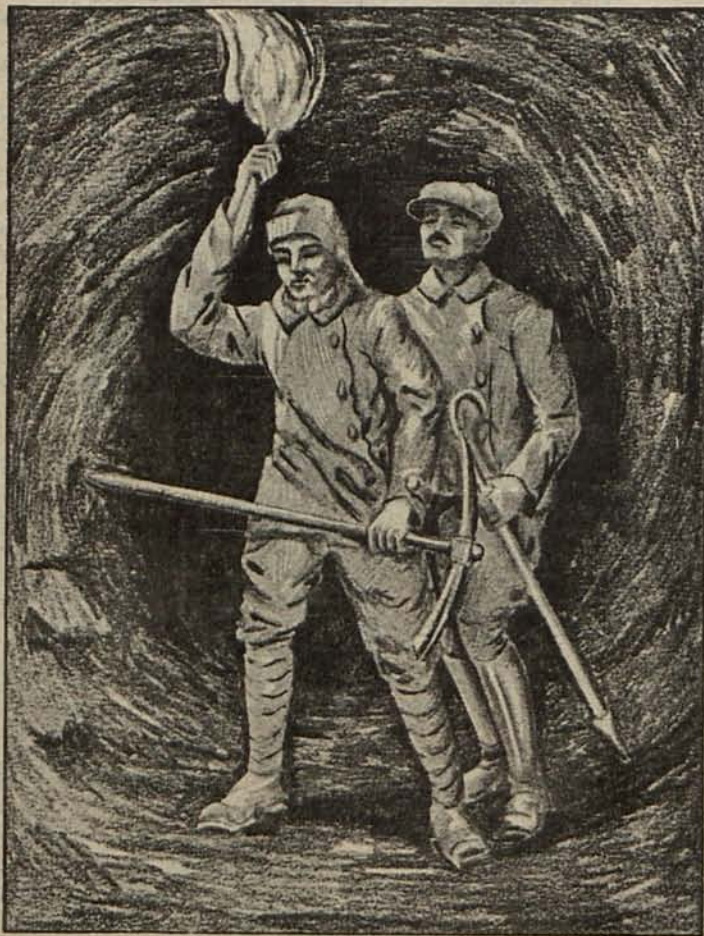
—Mira a ver si es salada.

El joven mojó en ella una mano, llevándosela luego a los labios.

—Es agua de mar —dijo, haciendo un gesto.

—¡A ver...! ¡Atención...! —gritó en aquel momento Vicente, el patrón.

(Continuará en el número próximo.)





ABUQUIR, ABUSIR

CUENTO DE LAS MIL Y UNA NOCHES

(Continuación.)

—Jamás —le respondió el jeque— damos entrada en nuestro oficio a un extranjero.

Ante tal situación, Abuquir se encolerizó violentamente y fué a quejarse al rey de la ciudad.

—¡Poderoso señor! —le dijo—. Yo soy de tierra extraña, mi oficio, tintorero, y me ha sucedido tal y tal cosa con mis colegas de esta ciudad. Sé teñir en todos los colores y con todos los matices: en rojo, desde el rosa hasta el de azufaifa; en verde, desde el de los cereales, alfóncigo y olivo hasta el verde de papagayo; en negro, desde el de carbón hasta el de antimonio; en amarillo, los de naranja y limón. Y le enumeró toda la gama de colores. ¡Oh príncipe! —añadió—, los tintoreros de esta ciudad no saben producir ninguno de estos colores; sólo tienen en azul y no quieren recibirme ni como patrón ni como operario.

—Verdad es cuanto dices —le respondió el rey—. Ahora bien: yo mismo te abriré una tintorería y te daré algún capital. No te preocupes, y si alguien te crea dificultades, lo ahogaré en la puerta misma de su tienda.

En seguida llamó a los albañiles y les dijo:

—Acompañad a este maestro; recorred con él la ciudad, y en el lugar que él señale construiréis una tintorería siguiendo sus indicaciones; al dueño del local, sea tienda, jan o lo que sea, le haréis salir. Acatad sus órdenes y guardaos de desobedecerle.

El rey le entregó un hermoso vestido de honor y mil dinares (monedas de oro), diciéndole:

—Esto, para tus gastos, hasta tanto que la construcción esté terminada.

Le dió además dos esclavos para su servicio y un caballo con sus jaeces bordados en oro. Abuquir se puso el vestido y montó a caballo; se le hubiese confundido con un emir. El rey le señaló un departamento en palacio y lo amuebló para instalar al tintorero.

Al otro día Abuquir reconoció la ciudad montado a caballo y precedido de los arquitectos. Cuando encontró un lugar a su gusto lo indicó y se hizo salir al propietario, a quien el rey pagó más de lo que hubiera pedido por el local. Los albañiles empezaron a trabajar bajo las órdenes de Abuquir, que les decía: «Construid tal y tal cosa; haced así y asá», hasta que levantaron una tintorería como no había otra. Abuquir comunicó al rey el fin de los trabajos.

—No falta —añadió— sino el capital necesario para comprar los colores y poner en marcha la fábrica.

—Toma estos cuatro mil dinares —le dijo el rey— como primer capital, y date prisa a enseñarme algún producto de tu industria.

Abuquir, con aquel dinero se fué al mercado, donde vió una gran cantidad de añil, que tenía un precio ínfimo, y la compró, así como las demás cosas necesarias para tinter.

El rey le envió quinientas piezas de tela. Abuquir les dió diferentes colores y las extendió ante su puerta para que se secaran. Las gentes que pasaban por la calle, y que no habían visto jamás cosa parecida, se detenían para admirarlas, agolpándose los curiosos a la puerta de la tintorería, donde examinaban e indagaban.

—Maestro, ¿cómo se llaman estos colores?

—Este, rojo; éste, amarillo; éste otro, verde —contestaba Abuquir. Y les iba enumerando los diversos matices de los colores.

Las gentes de la ciudad le llevaban sus telas, pidiéndole cada uno que las tintara del color que le gustaba y ofreciendo pagarle lo que el tintorero les pidiese.

Cuando se terminó la tintura de las telas del rey, Abuquir las llevó ante el Consejo. El rey se admiró al verlas y le dió una gratificación importante. A consecuencia de esto, todos los soldados le llevaron sus telas para que se las tintara. El tintorero cumplía exactamente los encargos y los deseos de sus clientes, y éstos, a cambio, derramaron el oro y la plata en la bolsa del tintorero.

Por toda la ciudad se extendió la fama y el renombre de Abuquir. Su establecimiento se llamó «Tintorería real». La fortuna le había entrado por todas las puertas. Ningún otro tintorero se atrevía a hablarle como a un igual; lo buscaban, le besaban las manos, le pedían perdón por lo

sucedido en tiempos atrás, le suplicaban que los recibiese como obreros en su casa; pero Abuquir jamás quiso admitir a ninguno, sino que utilizaba los trabajos de esclavos y sirvientes. Pronto llegó a reunir una fortuna considerable. Tal fué la suerte de Abuquir.

Veamos lo que le sucedió a Abusir, a quien dejamos cuando su camarada, después de robarle el dinero, lo había encerrado y abandonado en el cuarto del jan, enfermo y sin sentido. En tan deplorable estado siguió tres días más.

El portero notó que la puerta estaba cerrada y hasta el anochecer no había visto a ninguno de los dos compañeros. Después, como no tenía noticia alguna de ellos, se decía: «¿Se habrán marchado sin pagar el alquiler de su habitación? ¿Habrán muerto? ¿Qué pasará aquí?... Y acercándose a la puerta oyó los gemidos del pobre barbero. La llave estaba puesta en la cerradura; abrió y entró. Y vió a Abusir que se quejaba.

—Esto no será nada —le dijo—. ¿Dónde está tu compañero?

—¡Por Dios! —exclamó el enfermo—. Hasta hoy no he recobrado el conocimiento; llamé, y nadie me ha contestado. Te ruego, hermano, que busques la bolsa que está debajo de mi cabeza; coge cinco medios dinares y cómprame algo de comer, porque desfallezco de hambre.

El portero encontró la bolsa; pero vió que estaba vacía.

—Tu bolsa —dijo al barbero— no contiene absolutamente nada; mira, está vacía completamente.

Abusir comprendió entonces que Abuquir le había desvalijado, huyendo.

—¿No habéis visto a mi compañero? —preguntó al criado.

—Hace tres días que no le veo —respondió—; pensé que os habíais marchado; no se me ocurrió otra idea.

—No —replicó Abusir—; sintió la tentación de mi dinero, y viéndome enfermo, lo cogió y ha huido.

Y Abusir lloró y sollozó amargamente.

—No te apures —le dijo el portero consolándolo—. Dios le hará expiar su mala acción.

Y después tuvo la caridad de prepararle cocimientos y de traérselos en una taza. Así le cuidó durante dos meses, pagando todos los gastos de su bolsillo; hasta que Abusir sudó abundantemente y se curó. Cuando se levantó, dijo a su enfermero:

—Si Dios me da medios, yo te probaré mi gratitud por tus cuidados; sólo El puede recompensarte dignamente.

—¡Alabado sea Dios por tu curación! —le replicó—. Sólo he tenido presente su generosidad para portarme contigo como lo he hecho.

El barbero salió de la posada y recorrió los mercados de la ciudad; y su destino lo llevó al lugar en que estaba la tintorería de Abuquir. Al ver las telas teñidas, puestas a secar delante de la puerta, y una muchedumbre de personas que se apretujaban para admirarlas, preguntó a uno:

—¿Qué lugar es éste? ¿Qué les sucede a estas gentes para agolparse de tal modo, y qué es lo que miran?

—Es la tintorería real —le contestó, construida por un extranjero llamado Abuquir. Cada vez que tiñe una tela venimos de todas partes para admirar los colores que produce; porque en toda la ciudad no hay otro tintorero que sepa hacer lo que él. Le ha sucedido con sus colegas de la ciudad tal y tal cosa. Y le contó lo que había pasado a Abuquir con los otros tintoreros. «Pero Abuquir se quejó de ellos ante el rey —continuó—, y éste lo ha tomado bajo su protección, le ha construido esta tintorería y le ha dado esto y esto»; y le enteró de lo sucedido.

Abusir se alegró de todo corazón y se dijo: «Alabado sea Dios, que le ha dado el triunfo y lo ha hecho patrón. Debo excusarle porque, en medio de las preocupaciones de su tintorería, acaso me haya olvidado. Pero como yo me he portado bien y he sido generoso con él cuando estaba sin trabajo, en el momento que me vea me dará la bienvenida y me tratará con las mismas consideraciones que yo tuve para con él.»

Y se dirigió hacia la tintorería, donde vió a Abuquir sentado cerca de la puerta, sobre un estrado colocado en-

cima de un banco. Llevaba puesto un vestido de los regalados por el rey; detrás de él estaban de pie cuatro esclavos negros y otros cuatro blancos, ricamente ataviados; a su lado trabajaban diez esclavos, a los cuales había enseñado el oficio. El, tendido sobre cojines, como un poderoso visir o como un temido monarca, no tocaba cosa alguna, contentándose con decir a sus obreros: «Haced esto o aquello». Abusir se acercó, seguro de que su amigo tendría gran contento en verlo; seguro de que lo saludaría y acogería con regocijo y que trataría de tranquilizarlo. Pero apenas se encontraron sus miradas, Abuquir exclamó:

—¡Bribón! ¿Cuántas veces tendré que decirte que no te presentes por las puertas de esta casa? ¿Vienes acaso para suscitar alguna afrenta? ¡Malvado! ¡Cogedlo!

A esta orden, los esclavos que estaban detrás de su señor apresaron a Abusir. El tintorero se levantó, cogió un palo y gritó:

—¡Arrojadlo a tierra!

Los criados obedecieron la orden, y Abuquir mismo le dió cien palos en la espalda y otros tantos en el pecho, diciéndole entre tanto:

—¡Bandido! ¡Ladrón! Como yo te vuelva a ver por esta puerta, haré que te conduzcan ante el rey, el cual te entregará a la justicia para que te corten la cabeza... ¡Márchate de aquí, ¡y que la bendición de Dios jamás te acompañe!

Abusir huyó, dolorido en su corazón por este innoble trato, y en su cuerpo por los golpes recibidos.

—¿Qué ha hecho, pues, este hombre? —preguntaron al tintorero los presentes.

—Es un ladrón de telas —respondió con aplomo Abuquir—. ¡Cuántas veces no me las habrá robado! Yo siempre me decía: «Que Dios lo perdone, porque es un pobre hombre», y no quería causarle inquietud; yo mismo pagaba los objetos robados y lo apartaba de mí con dulzura; pero él se obstina en volver. La primera vez que se presente por aquí, no tendré más remedio que enviarlo al rey, quien lo condenará a muerte y librará a los hombres de esta calamidad.

Al oír tales palabras, los testigos de la escena profirieron exclamaciones injuriosas contra Abusir, ausente ya.

Tal era la conducta de Abuquir.

Abusir volvió al *jan* y se sentó, reflexionando acerca de lo que le había ocurrido. Cuando se le calmaron los dolores producidos por los golpes, se levantó y se fué a pasear por las calles de la ciudad. Le dió la idea de entrar al baño (*hammam*) y preguntó a uno el camino.

—¿A qué llamas tú baño? —le dijo el interpelado.

—Al lugar —dijo Abusir— donde la gente va a lavarse y a quitarse la suciedad del cuerpo. El baño es la cosa mejor de todas las cosas buenas del mundo.

—Vete al mar.

—Donde yo deseo ir es precisamente al baño.

—Por aquí no conocemos los baños. ¿Cómo son? Todos, hasta el rey, vamos al mar si queremos lavarnos.

Cuando Abusir se dió cuenta de que no había baños en la ciudad, y de que sus habitantes ignoraban qué eran y en qué consistían, se dirigió al Consejo del rey. Se prosternó ante su Majestad, hizo votos a Dios por él y le dijo:

—Soy de otro país, y mi oficio es el de bañero. A mí llegada a vuestra ciudad he querido entrar en un baño y no he encontrado ninguno. Me admiro de que una ciudad tan bella carezca de esto, que es el placer más agradable que hay sobre la tierra.

—¿Qué es un baño? —preguntó el rey.

Abusir entonces le contó las excelencias de estos establecimientos, y añadió:

—Vuestra ciudad no será verdaderamente perfecta sino cuando tenga unos baños.

—¡Bien venido seas! —le dijo el rey. Y le dió un hermoso vestido de honor, un caballo, cuatro esclavos y cuatro sirvientes. Mandó amueblar para él una casa y lo trató aún más generosamente que lo había hecho con el tintorero. Envío con él a los albañiles, diciéndoles:

—Construid un baño en el lugar que este hombre os indique.

Conducidos por Abusir, recorrieron el centro de la ciudad, donde el barbero señaló un sitio. Comenzaron la construcción bajo sus órdenes. Abusir les decía cómo habían de hacerse las cosas, y así edificaron un baño sin parecido en el mundo. Lo hizo adornar de modo tan espléndido, que era la admiración de todos. Fué a ver al rey para comunicarle que los trabajos de construcción y ornamentación estaban concluidos, y añadióle que sólo faltaban los tapices. El rey entregó a Abusir diez mil dinares, con los cuales compró los tapices y las sábanas, que colocó sobre cuerdas.

Todos cuantos pasaban por la puerta se maravillaban de la magnífica decoración del edificio. La multitud, curiosa, se apretujaba para admirar aquel edificio extraño que nadie había visto nunca, preguntándose cuál era su destino. Y cuando Abusir decía: «Esto es un baño», subía de punto su admiración.

Después calentó agua y preparó todo lo necesario, y, por último, colocó en el baño una fuente, de cuya taza salía un surtidor, cosa que acabó de arrebatarse a los admirados habitantes de aquella ciudad. Abusir pidió diez esclavos jóvenes, que el rey le envió, y a los cuales enseñó a dar fricciones, encargándoles que sirvieran a los clientes. Y, finalmente, dió salida al vapor, y envió a pregonar por la ciudad diciendo:

—Venid todos al baño real.

Y el público acudió.

Abusir ordenó a los esclavos lavar a cuantos se presentasen. Después del baño pasaban a la sala, donde los esclavos les servían en la forma indicada. Durante tres días los habitantes de la ciudad pudieron bañarse gratuitamente en aquel establecimiento.

Al cuarto día, el rey mismo, curioso por ver este local, montó a caballo y se dirigió con toda su corte al establecimiento de Abusir. Después de despojarse de sus vestiduras, el rey entró en el baño. Abusir frotó su cuerpo con la *kissa* (1), dejándolo completamente limpio, y el rey quedó satisfecho. Y pasando él mismo la mano por su cuerpo advirtió el ruido ligero producido al frotar una piel suave y limpia. Después de haber lavado al rey, Abusir le hizo bajar a la piscina, en cuyas aguas había mezclado esencia de rosas. Cuando el monarca salió de allí experimentó una sensación de frescura y de bienestar que jamás había sentido en su vida. Luego fué a sentarse a la sala, en la que los esclavos le friccionaron, mientras los pebeteros perfumaban el ambiente con aromas de sándalo y ámbar.

—¿Esto es un baño? —preguntó el rey a Abusir.

—Sí, príncipe —respondió el barbero.

—Juro por mi vida —exclamó aquél— que mi residencia no merece el nombre de ciudad sino después de la instalación de este edificio...

—¿Qué sueldo harás que te pague cada persona? —preguntó en seguida a Abusir.

—El que tú fijes —respondió.

—El rey dió mil dinares, diciendo:

—Hazte pagar mil dinares por persona.

—Poderoso rey —replicó Abusir—, esto sería demasiado. Todas las personas no son de iguales condiciones: unos son ricos; otros, pobres; si exigiese a cada uno mil dinares, me quedaría sin trabajo, porque los pobres no podrían pagarme tal cantidad.

—¿Qué harás, pues?

—Que cada cual pague con arreglo a sus medios, el pobre y el rico: el que tenga y quiera dar, que dé; mi salario será proporcionado a la posición de cada uno; de esta forma el público acudirá, prosperará el baño y yo obtendré beneficios considerables. Mil dinares son un regalo de rey y no todos disponen de esa cantidad.

—Este hombre tiene razón —dijeron al rey los grandes dignatarios de la corte—. ¿Crees que todos los hombres son como tú, poderoso monarca?

—Es cierto —replicó el rey—; pero este hombre es extranjero y pobre, y mi deber es tratarlo generosamente. El ha instalado este baño, cosa que hasta hoy nadie había visto; ha embellecido nuestra ciudad y le ha dado importancia; aun cuando nosotros hiciéramos que se le diera un salario elevado no lo recompensaríamos con exceso.

—Si tú quieres tratarlo con largueza —le respondieron— hazlo personalmente; pero a la vez sé generoso con los pobres fijando el precio del baño en una cantidad moderada; con ello tus súbditos te bendecirán. Respecto a los mil dinares, no los podríamos pagar ni siquiera nosotros, los altos dignatarios de tu estado; ¿cómo podrían hacerlo los pobres?

—Pues bien, señores —exclamó el rey—: cada uno de vosotros dará hoy cien dinares, un esclavo, un sirviente y un negro.

—Sea —le contestaron—; pero en lo futuro cada cual dará según sus medios.

Y el rey convino en tal determinación.

Los grandes de la corte dieron cada uno cien dinares y tres esclavos; y como el séquito del rey lo componían cuatrocientos personajes, lo que dieron a Abusir se elevó a cuarenta mil dinares, cuatrocientos esclavos, cuatrocientos negros y cuatrocientos sirvientes. El rey todavía añadió diez mil dinares, diez esclavos, diez sirvientes y diez negros.

Abusir se adelantó entonces, se prosternó ante el rey y le dijo:

—¡Monarca afortunado, que tienes un espíritu justo y recto! ¿Dónde meteré yo todos estos negros, estos sirvientes, estos esclavos?

—Al dar estas órdenes a mi corte —respondió el rey— he querido ponerte en posesión de una fortuna considerable, a fin de que si alguna vez sientes la nostalgia de tu país y de tu familia y deseas verlos de nuevo y volverte a

(1) Especie de guante de crin.

(Continuará en el número próximo.)

ANTONIO EL CENICIENTO

CUENTO DE CALLEJA EN COLORES

Existió hace tiempo un rey que tenía sólo una hija, tan bella y discreta como orgullosa y soberbia. Tenía también la lengua trabucada y torpe, motivo por el cual, los príncipes que solicitaban su mano, concluían por desistir de sus propósitos de matrimonio.

Como observase el rey que no había nadie de su estirpe que pidiera a su hija formalmente, juró casarla con el primero que la pretendiera, fuere quien fuere, aunque impuso la condición precisa de que habría de obligarla a saber callar sus atrevidas y molestas impertinencias.

No pareció muy bien a la princesa esta condición que trataba de imponer el rey al que solicitare en lo sucesivo su blanca mano; pero, por su parte, la Princesa propuso otra condición, consistente en que, quien no tuviere el éxito que se proponía, fuese en el acto y sin compasión apaleado durante dos horas.

—Perfectamente —contestó el monarca—. Doy a ello mi conformidad.

Y ordenó que en todas las esquinas o fachadas de las casas, así como en los frontispicios de las iglesias y de los conventos, se pusieran pasquines para que conociera el público en general que cualquier persona, sin tener para nada en cuenta su grado o jerarquía, podía solicitar la mano de la Princesa, sólo a condición, so pena de apaleamiento, de que había de saber imponerse y reducir a la princesa al pudor exigido por su educación y comedimiento.

No faltaron jóvenes deseosos de afrontar situación tan delicada, con la esperanza de labrar su fortuna, y en la creencia de que no carecían de las prendas personales suficientes para conseguir su objeto. Pero sucedió que tan pronto como se hallaban frente a la Princesa turbábanse de tal modo, por los gestos y frases indiscretos de ella, que no les era posible rectificar ni oponer nada en contrario a sus audacias e insinuaciones malévolas, dando por resultado que la torpe y desconcertada actitud de los pretendientes servía a la Princesa para proseguir con crueldad refinada en sus burlas y chacotas, y era, pues, contraproducente cuanto intentaban los jóvenes para hacerla enmudecer o sonrojarla. Tenían que darse al fin por vencidos, y se les obligaba entonces a salir por una puerta distinta a aquella otra por la que entraban, para ser apaleados inmediatamente.

Irritóse por ello el rey sobre manera, y dijo a la Princesa:

—Darás lugar a que no haya en nuestra comarca ni un solo joven que pueda honestamente aspirar a tu mano. Pero estoy resuelto a llevar adelante mi compromiso, aunque tenga que sacrificar a cuantos jóvenes de mi reino se atrevan a cortejarte.

Vivía por allí un labrador que tenía tres hijos, llamados Ernesto, Julio y Antonio, de los cuales, los primeros eran ya célebres por su talento, discreción e ilustración nada común, adquirida en los mejores colegios y escuelas especiales del país.

Se expresaban con corrección exquisita y suprema elegancia, dándoles esta circunstancia cierto aire de vanidad y engreimiento, suficientes para creer podían muy bien ganar la mano de la princesa y ostentar un cetro; tanto, que creyendo su éxito seguro y teniendo por descontado que uno de ellos había de ganar forzosa-

mente en aquellas lides, convinieron en que el que venciendo al fin pudiese ser rey, daría al otro la jerarquía de su primer ministro.

No hay que advertir que el labrador, orgulloso de la cultura y buen porte y maneras distinguidas de sus hijos, abrigaba una fe ciega, no sólo en el don de la elocuencia de que hacían gala, si que también en la pulcritud y educación severas que tenían. Les dió trajes magníficos, de corte correcto y de suprema elegancia, y dos soberbios caballos de raza árabe y andaluza y de hermosa lámina, enjaezados con sillas de plata y con arreos y bridas de la misma clase, para realizar el viaje.

—Yo quiero ir también con mis hermanos —dijo Antonio.

Sin embargo, como le tenían en su casa en muy pobre concepto, por la deficiencia de sus facultades mentales (siendo ello causa de que le dedicaran siempre a los trabajos más rudos, que le dieron

un carácter esquivo y taciturno, derivándose de ahí el mote con que era conocido de *Antonio el Ceniciento*), se opusieron resueltamente sus hermanos a que les acompañara y le manifestaron que en donde él hacía falta era en las faenas del campo, y no en otra parte. A lo que replicó Antonio que no perdían nada con llevarle consigo, puesto que no había de pedir más traje que el que llevaba puesto, ni era menester desembolso al guno, sino sólo la entrega de un caballo que poder montar, bueno o de la peor especie o calidad que hubiese. Vista esta obcecación de Antonio, se rieron de ella no poco su padre y sus hermanos, y le dijeron en tono burlesco que bastante tenía, y ya era mucho, con quedarse en su casa con sus rodilleras y aire tosco y desgarrado.

—A pesar de todo, quiero ir.

Y sin aguardar respuesta, echó Antonio tras sus elegantes y principescos hermanos, con el propósito de seguirles a todo trance en su viaje.

Pasado un poco tiempo, llamó Antonio la atención de ellos gritándoles:

—Mirad, mirad lo que he encontrado.

—¿Qué es ello? —le contestaron—. Y volvieron la cabeza para ver qué extravagancia se le había ocurrido a su «hermanito».

Observaron que eran los despojos de un cuervo la causa del alborozo de Antonio, el cual los recogió, quedándose los, con el propósito de llevarlos consigo para lo que pudieran servirle.

—¡Qué tonto eres! —dijéronle sus hermanos.

—Haced el favor de esperarme, y no vayáis tan deprisa, que no es justo me dejéis atrás —dijo Antonio por única contestación.

Pero sus hermanos, no haciendo caso de sus lamentaciones, se adelantaron cuanto les fue posible. Y Antonio, viendo tan irregular conducta, se contentó con gritarles:

—Id con Dios; puede que también llegue yo a buena hora.

Metió el cuervo en uno de sus bolsillos, y corrió cuanto pudo en seguimiento de sus hermanos, hasta darles casi alcance.

—Mirad, mirad lo que he encontrado —les dijo otra vez.

Pero sus hermanos le despreciaron, sin dignarse siquiera volver la cabeza. Era el anillo de un zueco lo que Antonio había hallado, y dijo para sí: «Lo guardaremos, que acaso me sirva también para algo.»



Lo guardó en un bolsillo y continuó a gran velocidad el camino. Poco después gritó de nuevo:

—Mirad, mirad lo que me he encontrado.

Sus hermanos no le hicieron caso, y Antonio recogió el hallazgo, que consistía en el tapón viejo de una botella, y lo guardó, asimismo, para mejor ocasión.

Prosiguió andando.

—Mirad, mirad lo que me he encontrado —gritó por tercera y última vez.

No era otra cosa que el cuerno de un carnero, que lo recogió y escondió juntamente con otro que por allí vió también a su paso.

Entre tanto, habían llegado Julio y Ernesto al palacio del rey, e hicieron anunciar como era debido.

—Perfectamente —les contestaron—. ¡No ignorarán ustedes las condiciones impuestas!

—Las conocemos muy bien—dijeron ambos hermanos.

Y sin otros preámbulos condujeron a Julio para ser presentado a la Princesa. Estaba ésta en todo el esplendor de su belleza, pero en actitud despreciativa y fría, reclinada en una silla de oro, en tanto que sus damas de honor permanecían detrás y en derredor de ella abanicándola.

En el centro del salón permanecía el rey sentado en su trono, con la asistencia de sus ministros y la de todos los palatinos. «Felicidades tengas Vuestra Majestad», dijo Julio, haciendo a la Princesa una fina y cortés reverencia. La Princesa, siempre mordaz y atrevida, exclamó: «¡Qué barbaridad! De mi Majestad no has de engordar, seguramente.»

El pobre Julio quedó atónito ante este exabrupto, y no supo qué replicar. Y como allí parara su discurso, fué dada por cumplida su misión y se lo llevaron para ser apaleado.

En seguida tocó el turno a Ernesto, que no cesaba de pensar en la triste suerte que había cabido a su hermano en un santiamén. Pero se repuso un tanto, y entró decidido y resuelto. «Buenas tardes, Alteza», dijo, e hizo una genuflexión reverente y austera. «Tú si que vas a estar pronto en la altura», contestó con tono sangriento y humillante la Princesa. «No te olvides de lo que ibas a decir, pobre cursi, que te quedas como un palomino atontado», prosiguió aquella con una crueldad refinada y sarcástica.

Como nada supo replicar el infeliz Ernesto, sacáronle por la lúgubre puerta conocida, y corrió la suerte de su hermano. «¿Hay algún otro caballero que quiera hacerme la corte?», preguntó altanera la Princesa. En ese mismo instante se abrió la puerta del aposento y penetró en él Antonio, con aquel su aire rudo y zafio que le era peculiar, sucio y enmarañado por el excesivo polvo que recogiera en la carretera.

Debe advertirse que cuando el Ceniciento llegó al palacio enseñó el portero mayor cuantas habitaciones de suplicios había llenas de pretendientes. Pero no por esto se arredró mucho, sin duda porque no tuvo tiempo de observarlas con atención, o porque no le afectaran, o las despreciara, y fué llevado al momento ante la Princesa. «Buenas tardes, señá pispireta. ¡Y qué calor que hacéis hoy aquí!», dijo Antonio, con la rudeza y simplicidad en él características. «Aquí no hacemos calor, ni hoy más que ayer», contestó la Princesa con tono zumbón. «¿Y para qué tienes

aquí tanto calor?», continuó Antonio diciendo sin hacerla caso, «parece que hubieras de cocer un pavo». «Pues sí; como que mi padre asó ayer ocho, y hoy no van asados sino dos.» «Muy bien», repuso Antonio. «¿Tendrás entonces inconveniente en asarme este pajarito que traigo?» Y uniendo la acción a la palabra, sacó de su bolsillo el cuervo muerto que halló en la carretera. «Se le oprime con este anillo de zueco que traigo, y no le pasará nada.» Y como si la princesa siguiese preguntando, Antonio continuó: «Tampoco, porque para eso traigo aquí también un buen tapón que sabrá impedirlo», dijo, y presentóla el corcho encontrado, como antes la había presentado el anillo de zueco. «Parece, amiguito», replicó la Princesa, ya iracunda, «que llevas un saco de chistes en los bolsillos. Pero ya verás, estúpido, como al fin y a la postre no ha de faltar un gancho de donde colgarle». «¿Dijiste gancho? Aquí hay uno», contestó. «Tómalo, preciosa...»

Y al instante sacó, dándosele a su interlocutora, uno de los cuernos que llevaba de carnero. «En mi vida he visto cosa igual», repuso la joven, roja de vergüenza. «¿Que no? Pues en seguida vas a verlo.» Y sacando el otro cuerno lo arrojó súbitamente sobre la falda de la princesa.

Púsose ésta furiosa y fuera de sí, sin que hallara frases adecuadas que arrojar sobre Antonio.

Saltó al instante de su silla, como movida por un resorte, sacudió lo mejor que pudo el vestido y prorrumpió luego en llanto copioso y amargo, producido por la indignidad que con ella se había cometido, y a lo que no estaba acostumbrada.

Antonio, ante aquella actitud, dijo sencillamente: «He ganado la apuesta, ya que por primera vez en tu vida te has quedado muda y sin palabra, por no saber qué contestar a mis dichos.

Por lo tanto, de aquí adelante serás mía, con arreglo a lo convenido y tratado.»

El rey, terciando en aquella conversación, dió toda la razón a Antonio y no sin gran contentamiento de su parte, por haber encontrado, al fin, un hombre adecuado y digno de ser marido de su hija.

Antonio contrajo mas tarde matrimonio con la Princesa y obtuvo la mitad del reino, sin perjuicio de

heredarlo todo al fallecimiento del monarca.

Los anales de este cuento no agregan otros antecedentes y memorias que pudieran iluminarlo mejor, para que los conocieran aquellos que los leyeren en las generaciones sucesivas; pero ha llegado a saberse, sin embargo, que así como la Princesa, de esquivia que era, se convirtió en la persona más amable del mundo, del mismo modo Antonio, apenas comenzó a reinar, tornóse en el hombre más fino y educado, abandonando la rudeza y brutalidad que le eran peculiares.

Afirman que reinaron muchos años, y el pueblo fué feliz durante el reinado de Antonio el Ceniciento.

FIN

COLORÍN Y SU PANDILLA

BRANNER





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





YA LLEGAN LAS PASCUAS.
¿QUÉ REGALO MEJOR PARA LOS
NIÑOS QUE LAS ESTUPENDAS
Y DIVERTIDÍSIMAS
AVENTURAS DE PINOCHO?
APRESURAOS A HACER FELICES
A LOS PEQUEÑUELOS, ELLOS OS
LO AGRADECERÁN.



PROGRAMA
PARA HOY

LA CASA
DEL
PÁRAMO

¡Sensacional!

GRAN CINE



—¿Sabes lo que te digo? Que con razón le llaman a este paraje el «Páramo de los vientos» —dijo Bob Smithers, calándose el sombrero hasta las cejas para que no se lo llevase el aire—. Este vendaval es de una violencia terrible.

—Sí; pero es muy sano —replicó Paddy O'Darrell.

Y poco después, colocando su diestra tras el pabellón de una de sus orejas, añadió:

—¿No oyes? ¿Qué es eso?

—Parece un grito humano, ¿verdad?; pero no hay que hacer caso; el viento da a lo mejor unos chascos terribles.

Siguieron nuestros interlocutores caminando por el «Páramo», no sin gran dificultad, a pesar de que la luna lucía esplendente. Al cabo de un buen rato de marcha, Paddy y su ayudante llegaron a una casa conocida con el nombre de «Casa del Páramo». En aquel albergue vivía un señor que había mandado venir urgentemente a Paddy.

—No hay luz ninguna en esta casa, ¡pardiez! —exclamó Paddy después de contemplar un buen rato el edificio—. No obstante, Mr. Wingford debe estar en casa, aunque me parece deducir que debe vivir más solo que un hongo.

Trailier, que se había adelantado a su amo, se paró de pronto, olfateó el aire y dejó oír un ladrido lastimero.

—¡Oh! Trailier ha notado algo extraño —dijo Bob.

Este y su señor corrieron presurosos hacia donde se encontraba el animal. Al llegar al lado del sabueso vieron a un hombre que yacía entre el brezo. El detective, sin pérdida de momento, comenzó a poner en práctica los procedimientos más usuales para provocar una reacción; pero la labor fué de ingratos resultados.

—Yo creo que lo que debemos hacer es llevarle a la casa de mister Wingford; allí podremos reanimarle.

—Pobre hombre —decía Bob, cogiendo al desconocido de las piernas, mientras Paddy lo levantaba cogiéndole por debajo de los brazos... — ¿Cómo habrá llegado hasta aquí en este estado? Quizá fuese él quien gritase antes, cuando creímos que era un caprichoso mugir del viento.

—Sin duda, alguien le ha atacado.

Después de un caminar penoso llegaron frente a la «Casa del Páramo».

Nuestros amigos llamaron repetidas veces a la puerta y nadie contestó.

—Nadie responde —dijo Paddy—. Y no es cosa de dejar a este infeliz a la intemperie. Entraremos en la casa de cualquier forma.

Después de dejar con cuidado el cuerpo del desconocido sobre un montón de arena, Paddy examinó las ventanas de la casa; mas ninguna era propicia para el escape. Cuando circundaba el edificio halló una terraza sostenida por unas consistentes columnas de hierro. Nuestros héroes poco tardaron en trepar por ellas y encontrarse sobre la terraza en cuestión. Abrieron unas vidrieras y se encontraron en una estancia amplia, sumida en la más profunda obscuridad. No obstante, a Bob le pareció divisar como una sombra que huía. Tampoco pasó inadvertida esta sombra a los ojos de Paddy, que, sin poderse contener, exclamó:

—¡Hola, Mr. Wingford! ¿Es usted?

Nuestros amigos volvieron a poco a los alrededores de la casa donde momentos antes abandonaran el cuerpo inanimado del desconocido. Mas cuál no sería su sorpresa al ver que aquél había desaparecido. La desaparición no ofrecía la menor duda, pues sobre la arena encontraron el bastón de Paddy, que quedó al lado del cuerpo del accidentado.

—Esto ya pasa de castaño oscuro —dijo Bob—. Una de dos: o nosotros o esta casa maldita estamos embrujados.

—Me extraña muchísimo que este individuo haya recobrado sus

sentidos precisamente cuando nadie le asistía. Y, además, para desaparecer de esta forma, ha tenido que escapar a todo correr. Mas no perdamos tiempo, esto comienza a ser divertido. Volvamos a la casa usando del mismo camino de antes. Parece como si mister Wingford tuviese especial empeño en fastidiarnos, citándonos a una hora en la que no había de estar en su casa.

—La verdad es que nos caen en suerte los clientes más extraños —respondió Bob.

Pocos momentos después trepaban de nuevo por las férreas columnas, dejando al pie de ellas al sabueso, que sabían no se movería de allí sin una orden de su amo. Esta era la forma de tener la retirada asegurada.

Poco después entraban el detective y su auxiliar en la habitación que hacía pocos momentos descubrieron.

A la escasa luz que entraba por la puerta que daba a la terraza, pudieron apreciar que la estancia estaba alhajada con muebles de gran valor.

Mientras Bob se dejaba caer sobre un butacón, su jefe, con una linterna eléctrica, examinaba minuciosamente la habitación. Pero, de pronto, sintieron pasos quedos, y Paddy se sintió agarrado por una mano más nervuda que potentemente musculosa.

La lucha fué tan rápida como tenaz; pero la destreza del detective triunfó una vez más, y, tras una hábil zancadilla, ambos rodaron por el suelo.

El cuadro encubridor.

Una vez sobre el suelo, a Paddy le fué tarea fácil dominar a su adversario.

Se sentó sobre él, y cuando Bob encendió la linterna e iluminó el rostro del vencido, reconocieron en él al anciano que momentos antes recogieron inanimado y que tan misteriosamente desapareció.

—Me parece que somos víctimas de un error —dijo Paddy levantando al anciano del suelo.

—Efectivamente —dijo éste mirando al rostro de Paddy—, les he confundido a ustedes.

—Pero usted no nos ha dado tiempo a explicarnos... —objetó Paddy.

—Comprenderá usted que no es lo más prudente pedir explicaciones a quienes encuentro en mi casa de noche y de esta forma.

—¿Es ésta su casa? Entonces, usted es Mr. Wingford.

—Efectivamente; pero... ustedes ¿quiénes son?

—Yo soy Paddy O'darrell, y este joven es mi ayudante; confesemos ahora que el recibimiento que usted nos ha hecho no es de lo más cordial; claro es que nosotros ya le conocemos, pues le trajimos desde el Páramo hasta el pie de esta casa.

—¡Ah!, ¿sí?; pues les estoy muy agradecido, doblemente agradecido; espero me serán ustedes útiles, pues me encuentro en un trance apurado.

—En efecto; no parece su situación muy normal. La casa, toda su situación, está rodeada de un inquietante misterio.

—¿Cómo es que usted se encontraba desmayado en medio del campo? ¿Cómo habita usted una casa como ésta, sin una luz siquiera?

—Todo esto requiere una amplia y minuciosa explicación.

Cuando los tres tomaron asiento, Mr. Wingford comenzó a hablar así:

—Les he llamado, señores, porque desde hace varios días abrigo el temor, alimento la sospecha de que alguien quiere robarme unas valiosas joyas que poseo.

—¿Entonces usted nos tomó por esos forajidos?



—Efectivamente, y esto no tiene nada de extraño, pues precisamente se trata de dos individuos; según sospecho, son dos marineros llamados Bowls y Wilks. Esta misma noche me han agredido.

—Y entonces, sin duda, oímos nosotros su grito.

—Sí, señor. Yo salí en busca de ustedes, y esos bribones, creyendo que llevaba las joyas encima, me atacaron. Se equivocaron; las joyas están a buen recaudo en un lugar que yo les mostraré.

Paddy, volviendo la cabeza con un movimiento brusco, dijo:

—Parece que se oyen ruidos.

—¡Bahl, serán los ratones; en una casa vieja como ésta es poco menos que imposible descartarlos. Pero continuaré mi historia: Yo no sé valiéndose de qué medios, han logrado averiguar los lugares más recónditos de esta casona; el caso es que se me ofrecen a diario pruebas palpables de su presencia, es más, del registro que sin duda llevan a cabo. Y esta noche, ya le dije: llegaron hasta el punto de registrarme a mí personalmente.

—¿Y qué es lo que nosotros podemos hacer en este asunto?

—Quiero que se hagan ustedes cargo de las joyas y las depositen en un caja de cualquier Banco de Londres.

—Nosotros haremos todo lo humanamente posible por complacerle. Ahora que es de suponer que esos individuos no se habrán percatado de nuestra presencia.

—Eso no puedo asegurárselo. Ahora le voy a mostrar las joyas.

Wingford se fué hacia una estantería, y de ella cogió un grueso volumen.

—No se imaginarán ustedes que esto vale más de veinte mil libras, ¿verdad? —dijo Wingford sonriendo.

—¿Es un volumen raro?

—Una joya literaria?

—Nada de eso. Esto, aunque parece un libro, no es sino una caja de caudales fuerte y segura y un escondite admirable.

Y diciendo esto apretó un resorte y la caja se abrió. En el fondo se veía un saquito de cuero.

En este saquito estaban las joyas en cuestión. Pero en aquel momento un cuadro de los que adornaban la pared, precisamente de trás de donde ellos se encontraban, giró sobre uno de sus lados, cual si fuese una puerta.

Al abrirse dió tal fuerte golpe en la cabeza a Paddy, que le hizo caer al suelo privado de los sentidos.

«Trailer» halla una pista.

Por aquella abertura que descubrió el cuadro al abrirse saltó un hombre, cogió el saquito de cuero y salió huyendo por la ventana.

Esta maniobra fué tan rápida, que ni Bob ni Wingford pudieron evitarla.

Bob pretendió seguir al ladrón, pero recibió de él tan fuerte golpe en el pecho, que fué hasta el centro de la habitación tambaleándose.

Apenas se repuso del golpe, se fué Bob hacia su jefe, que se levantaba aún algo mareado por el golpe recibido.

En tanto, Mr. Wingford se puso a gritar desafortadamente.

Bob, recogió del suelo la gorra que el fugitivo perdió en la huida, y siempre animoso exclamó: ¡Animo, jefe!, han dejado rastro. ¡Trailer no tardará en encontrar una buena pista!

Los dos hombres se precipitaron hacia la terraza. Pero ya nada se veía. Poco después ya se encontraban en el campo y fueron al lugar en donde les esperaba Trailer pacientemente.

Bob le arrojó la gorra, y el animal, después de olfatearla, comenzó a dar vueltas, rastreando con el hocico, rozando el suelo; pero poco después comenzó a vagar, y terminó, mirando tristemente a su amo, confesando su fracaso.

—Esto es muy extraño —dijo Bob—. Es la primera vez que fracasa este pobre animal.

—Puede que no sea suya la culpa —añadió Paddy—. Es posible que ese individuo supiese que estaba ahí un sabueso y haya huído por otro lugar.

Me parece adivinar por el lugar que se escapó.

El detective trepó por una de las columnas de la terraza y dió un salto prodigioso de ella hasta la copa de un árbol próximo.

—Ya está todo claro, Bob. Este fué su camino —exclamó Paddy—. De aquel árbol pasó a otro contiguo y así recorrió varios. Bob y Trailer le seguían andando por el suelo. De pronto, el sabueso lanzó al aire un penetrante ladrido, dando a entender, que había cogido ya el rastro.

Efectivamente, el perro seguía corriendo sin levantar su hocico del suelo. Dejó el bosque y corrió por el Páramo, alumbrado por la luna.

El ruido creciente del mar hacía notar que se aproximaban a la costa.

Después de andar aproximadamente medio kilómetro, el sabueso llegó a lo alto del acantilado y empezó a correr por el borde.

Era aquel un panorama bellissimo: a la izquierda, el páramo inculto, y a la derecha, el mar iluminado por la luna.

Las olas rompían con gran estrépito al pie del acantilado, y no había nada de playa, porque a aquellas horas estaba la marea alta.

Trailer no habría andado más de unos cien metros, cuando se detuvo mirando a la cara de Paddy como si quisiera darle a entender que él ya había cumplido con su deber.

Atada a un saliente de las rocas había una cuerda que pendía por encima del acantilado; Paddy y Bob se tumbaron boca abajo y miraron desde el borde; la cuerda llegaba sólo hasta la mitad del acantilado, junto a la oscura abertura de una cueva; y lo que llamó más su atención fué que de la cueva salía otra cuerda hasta el mar y que por ella se descolgaba un hombre. Abajo, en la base del acantilado, estaba un bote con una persona dentro, indudablemente esperando que bajara alguien.

—¡Esos son nuestros hombres: Bowls y Wilks!

Pero hay que tomar toda clase de precauciones para que no se nos escapen.

Paddy agarróse a la cuerda, y dejándose caer sobre el borde del escarpado, se deslizó por ella; Bob hizo lo mismo, y ambos llegaron a la cueva casi al mismo tiempo. El hombre que estaba en el bote debió verlos, porque dió la voz de alarma; los detectives miraron para abajo y vieron que el otro entraba en el bote en aquel mismo momento.

Paddy no vaciló; de un salto se tiró al agua, produciendo un chapoteo horrible; cuando salió a la superficie se halló a un metro del bote; entonces, uno de los marineros, le quiso dar un golpe con un remo.

Paddy logró esquivarlo y cogió el palo con las manos, dando una fuerte sacudida para arrancárselo. Sabía que con un remo solo no podrían ir muy lejos.

Antes de que el marinero se repusiera del susto, había conseguido Paddy asirse al bote por uno de los lados.

Los dos ladrones hicieron todo lo posible por empujarle fuera, y al esforzarse en hacerlo el bote fué a dar contra el acantilado.

Bob, que se deslizaba hasta el mar por la cuerda, viendo debaño de sí el bote, se tiró dentro de él.

Los dos bribones, al verse así cogidos por sorpresa, se volvieron para hacer frente al nuevo enemigo, y esto le dió a Paddy oportunidad de meterse dentro del bote.

Bowls se volvió y le asestó un golpe salvaje; pero Paddy le derribó en el fondo del bote, al mismo tiempo que, con una pierna, le echaba la zancadilla a Wilks, que dió con la cabeza en el asiento.

Entre Paddy y Bob, no tardaron mucho en amarrarlos espalda con espalda.

Paddy volvió a tirarse al agua para buscar el remo que había dejado allí, que trajo en seguida a la lancha, y ambos bogaron pegados a la costa hasta llegar a un sitio fácil para desembarcar.

Por el camino los dos ladrones confesaron por qué procedimiento habían penetrado tan fácilmente en casa de Wingford.

Bowls era natural de aquella aldea, y de niño había tenido ocasión de explorar todos los rincones del edificio; habiéndose enterado ahora de que Wingford se había ido a vivir a esa casa, él y su compañero habían penetrado en ella con la seguridad de poder encontrar las joyas.

Estas estaban en el bolsillo de Bowls, y Wingford tuvo una satisfacción inmensa cuando más tarde Paddy se las devolvió.

En cuanto a los ladrones, no volvieron a molestar en algún tiempo.

Fueron requeridos por la policía con motivo de este y otros asuntos de la misma naturaleza. Eran pájaros de cuenta.



LATERAL DERECHA



LATERAL IZQUIERDA

EL TEATRO DE PINOCHO

«LA PRINCESITA LIMPIA»

Comedia en tres actos.

PERSONAJES:

El Rey FAUSTINO XVII. MAGENCIO, mayordomo.
La Princesa MARY-SOL, su hija. El Primer Ministro.
El gigante TRAGABUCHES. Centinela 1.º
LEOCADIO, intendente. Centinela 2.º
Soldados, ministros, cortesanos, gente del pueblo.
La acción, en el país imaginario de Figalia.

ACTO PRIMERO

Un salón del Palacio Real. Al fondo, un balcón por el que se divisa un paisaje.

ESCENA PRIMERA

LEOCADIO y MAGENCIO, cada uno por un lado.

MAGEN. ¿Hay noticias, señor intendente?
LEOCA. Cada vez peores, señor mayordomo. ¡Mal arreglo tiene este asunto!
MAGEN. Pero... ¿ese gigante misterioso...?
LEOCA. Nadie sabe, señor gentilhomme, de dónde sale, a qué viene, ni qué es lo que quiere. En tres días que lleva en el reino, no ha sido posible averiguarlo...
MAGEN. Pero, mientras tanto...
LEOCA. Mientras tanto destroza todo lo que se le pone por delante. Aplasta un pueblo sólo con ponerle un pie encima, como si fueran pueblos de juguete. Si bosteza o respira, levanta un ciclón capaz de asolar una provincia... ¡Y no digamos si tiene hambre! Es capaz de comerse, en un abrir y cerrar de ojos, una ganadería entera; de beberse un río, si tiene sed, y de tragarse, de postre, toda la cosecha de sandías, que para él son como granitos de arroz.
MAGEN. Pero ¿tan grande es?
LEOCA. ¡Digo, si es grande! Sólo le he visto desde lejos, y le creo capaz de saltarse los Alpes a pie juntillas. Se pierde en lo alto. Los que han querido verle desde cerca se han torcido el cuello para atrás. El poeta Narciso dice del gigante que es tan alto, que puede ponerse la Luna por monóculo...
MAGEN. ¡Oh! A los poetas no hay que hacerles caso. Son muy exagerados.
LEOCA. Pues esta vez no creo yo que exagera nada. ¿Usted recuerda los nublados de estos últimos días?
MAGEN. ¡Qué si los recuerdo! No he dejado de sacar el paraguas un solo día, y luego no ha llovido.
LEOCA. Porque resulta que no eran nubes, sino el humo de los cigarrillos del gigante, grandes como chimeneas de fábrica.
MAGEN. Pues hoy está raso. ¿Es que ya no fuma?
LEOCA. Es que se le han acabado los pitillos, y como aquí no los fabricamos de ese tamaño, se ha puesto furioso y ha tirado su petaca contra el suelo..., y la petaca ha aplastado la ciudad de Vergelia, de la que no ha quedado ni una casa en pie...
MAGEN. ¡Qué horror!
LEOCA. Menos mal que con los trescientos metros de la petaca hay cuero para fabricar dos mil pares de botas de montar...
MAGEN. ¡Qué lástima que yo no use botas de montar!...
LEOCA. No importa. Ya arreglaré yo que le hagan a usted unas zapatillas.
MAGEN. Mil gracias. Pero decidme, señor intendente, ¿no se ha hecho nada para combatir a ese monstruo gigante?
LEOCA. Hemos hecho todo lo que estaba en nuestras manos, señor gentilhomme; pero ¿qué puede el pigmeo contra el ciclope? Los pueblos de la costa, por donde apareció el gigante, organizaron unas batidas, calculando que el gigante sería cosa de poco más o menos; pero ¡sí, sí! No ha quedado ni una batida sana. El Rey, nuestro señor, de acuerdo con sus ministros, envió al heroico general Pimpón con un ejército de veinte mil y pico de hombres... Pues ya ha visto usted: no hizo el gigante más que soplar y barrió todo el ejército: los veinte mil y pico de hombres con sus fusiles, sus caballos y sus cañones. Ahora se empieza a recibir telegramas. Hay soldado que ha llegado por el aire hasta el Polo Norte, y pide que se le mande, por lo menos, una bufanda. En cuanto al general Pimpón, ya conoce usted su triste fin... Se elevó por el aire y tuvo la desgracia de caer sobre la catedral de Colonia y quedarse ensartado en una veleta, como una aceituna en un palillo...
MAGEN. ¡Pobre general Pimpón! Aún le veo montado en su caballo blanco. Ya no podrá perder más batallas. ¿Y el Rey sigue en consejo con sus ministros?
LEOCA. Sí. El buen Rey Faustino XVII no descansa, buscando la manera de salvar a su pueblo de la desolación. ¿La Princesa Mary-Sol no está enterada aún de la presencia del gigante?
MAGEN. No. El Rey la quiere tanto, que trata de evitarle esa mala noticia. Dígame usted, ¿es cierto que el gigante quiere hablar con el Rey?
LEOCA. Sí. Esa es la última noticia. Dicen que ha dicho, con ese

vozarrón que se oye a quince kilómetros: «¿Pero es que en este país no hay Rey?»

MAGEN. Y ¿cómo van a entenderse?

LEOCA. Quizá por radiotelefonía, pues si no...

En este momento se oye un fuerte ruido de vendaval, y cruzan por el paisaje del fondo, remontándose velozmente, como levantados por el aire, una casa, una vaca, un árbol y los demás objetos que se enumeran.

MAGEN. ¿Qué es eso?

LEOCA. Sin duda es el gigante, que sopla impaciente.

MAGEN. ¡Una casa por el aire!

LEOCA. ¡Una vaca!

MAGEN. ¡Una encina!

LEOCA. ¡Un soldado, con su garita y todo!

MAGEN. ¡Un carro de bueyes!

LEOCA. ¡Un quiosco de periódicos!

MAGEN. ¡Los niños del colegio de los Santos Padres!

LEOCA. ¡El tren de las cinco y media!

MAGEN. ¡El gran puente de Ricardo III!

LEOCA. ¡La capilla de San Lupericio!

MAGEN. ¡La fábrica de aceitunas rellenas!

LEOCA. ¡Qué espanto!

MAGEN. ¡Qué horror!

LEOCA. ¡Qué estrago!

MAGEN. ¡Qué ruina!

ESCENA SEGUNDA

LOS MISMOS, EL REY Y LOS MINISTROS.

UNA VOZ, dentro. ¡El Rey!

LEOCA. ¡El Rey llega!

MAGEN. ¿Qué irá a pasar?

Entra el Rey con sus ministros.

LEOCA. ¡Señor!...

MAGEN. ¡Majestad!...

EL REY. Hola, hijos míos. ¿Habéis visto qué tromba? ¿Sabéis de dónde sopla?

LEOCA. Por desgracia, lo sabemos, señor.

EL REY. ¿Y sabéis que el gigante quiere hablar conmigo?

MAGEN. Y vos, señor...

EL REY. ¡Qué remedio me queda! Un Rey debe cumplir con su deber para buscar la paz y la felicidad de sus súbditos... Iré a ver al gigante.

LEOCA. ¿Cuándo iráis, señor?

EL REY. Esta misma tarde, dentro de un instante. A los ministros: Disponedlo todo. Quiero salir en seguida. Tú, Leocadio, corre a ver de qué manera se puede socorrer a los damnificados por el último ciclón.

LEOCA. Voy, majestad. (Vase.)

EL REY. Tú, Magencio, acompaña a mi hija mientras yo estoy fuera. No le digas dónde he ido, ella no sabe nada de esta desgracia. Con la cabeza me respondes si mi hija se entera.

MAGEN. Bien, señor.

EL REY. Vamos.

ESCENA TERCERA

LOS MISMOS Y LA PRINCESA MARY-SOL.

M.-SOL. ¿Vas a salir, papá?

EL REY. Sí, hijita. Voy ahí, ahí..., ahí cerca, ¿sabes?

M.-SOL. Pues abrigate. A lo mejor se levanta aire. Desde mi cuarto he oído soplar el viento. ¿Quiéres que saque el manto de entretiempo.

EL REY. No, muchas gracias, hija mía. Vamos, señores. Adiós, hijita. Tú, Magencio, ya sabes.

MAGEN. Ya sé, majestad. La cabeza...

EL REY. Adiós, hija.

M.-SOL. ¿No puedo yo salir contigo?

EL REY. No; voy a un acto oficial..., a una ceremonia...

(Vanse el Rey y sus Ministros.)

ESCENA FINAL

LA PRINCESA MARY-SOL Y MAGENCIO.

M.-SOL. ¿Dónde iba mi papaito? Parece que iba un poco triste.

MAGEN. No, nada de eso. Hace un momento me estaba contando un chascarrillo...

M.-SOL. No sé qué presentimiento tengo de que corre peligro donde vaya...

MAGEN. (Con risa forzada.) ¿Peligro? ¡Huy, peligro! ¡Qué risa!

M.-SOL. No seas idiota. ¿Dónde ha ido mi papá, di? ¿Dónde ha ido?

MAGEN. Ahí..., a la vuelta de la esquina. ¿Quiere vuestra alteza que juguemos un poco? Yo hago de caballo... ¿O prefiere vuestra alteza que juguemos a las muñecas y yo sea el papá?

(Continuará en el número próximo.)

HISTORIAS DE ANIMALES

EL PERRO, EL RATÓN Y EL GATO

El perro, el ratón y el gato vivían en la misma casa; pero se tenían mutuamente la peor intención.

No podía salir el ratón de la puerta falsa de sus escondrijos sin tener que habérselas con el gato o con el perro; pero sobre todo con el primero, que era su enemigo declarado.

—¿Para qué estoy yo en esta casa? —decía el gato—. ¿No es para que mate los ratones? Pues no tengo que dejar un ratón vivo, como me llamo *Micifucito*.

Imaginaos, después de estas declaraciones, la intranquilidad del pobre ratón. Ya no tenía humor para nada, ni se atrevía a asomar sus bigotes por ninguna parte, aunque oliera a queso cercano.

En cuanto al gato y el perro, no hay que decir sino que las relaciones eran mucho más tirantes. Aunque convivían por los pasillos de aquella casa, no se podían ver, y, en la primera ocasión, el perro hacía lo posible por morder al gato, y el gato le amenazaba con unos cuantos arañazos.

Como comprenderéis, aquello no era vivir, sino estar continuamente en un perpetuo sobresalto y expuestos a morir del corazón el día menos pensado.

¿De quién partió la idea de la conciliación? Parece ser que del ratón. Veréis cómo fué.

Al ratón no le bastaba con los libros de aquel anuario que nunca abría nadie. Después de comer libros durante tres meses acaba uno por resentirse del estómago. Hay libros muy pesados y muy indigestos. Ultimamente el ratón había decidido no tomar más que una sopa de letras y unas pastas; pero aquel régimen empezaba a debilitarle, y la permanencia en el armario de los libros, sin más luz que la de la ciencia, le aburría soberanamente. Se explica que el ratón dedicara su actividad a la busca de una solución oportuna. Y cuando tuvo la solución, arrancó de un libro unas páginas en blanco y se puso a escribir un periodiquito que se tituló así:

El Monitor de los animales domésticos.

Os aseguro que era un periódico muy distraído. Cuentos, caricaturas, de todo; hasta había una sección del ratón *Roequeso* como la de PINOCHO. Pero lo mejor del periódico era, sin duda, el artículo de fondo. Decía así, sobre poco más o menos:

¿Hasta cuándo?

«¿Hasta cuándo vamos a vivir los animales de esta casa en perpetua enemistad? Si no somos más que tres, porque con el loro no hay que contar porque lo habla todo, y con el canario tampoco, porque es demasiado tonto y no sabe más que cantar como cantan las puertas desengrasadas, ¿por qué, si no somos más que tres, hemos de vivir los tres en una eterna guerra? ¿No sería mejor una paz firme y una amistad entrañable? ¿Por qué el gato ha de empeñarse en matar al pequeño ratón, tan mono como es? ¿Por qué el perro ha de mirar con malos ojos al gato, un animal tan precioso, con un pelo tan suave? ¿Por qué el gato no ha de ser un buen amigo del perro, el más noble de los animales? ¿Por qué...? ¿Hasta cuándo?»

Dejó el periódico en el suelo y esperó a que llegaran los lectores. Llegaron el perro y el gato al mismo tiempo y se pelearon por leer el periódico.

Pudo más el perro, que se puso a leer mientras el gato, en un rincón, esperaba un buen momento para vengarse.

Pero cuando el perro leyó el artículo de fondo comenzó a calmarse. Al terminar aquella lectura se fué a buscar al gato.

—Ven, *Micifucito*, rico. Mira lo que pone aquí.

El gato desconfiaba de aquel cariño tan repentino; pero el perro le acariciaba y le decía:

—¿Por qué no vamos a ser buenos amigos?

Leyó el gato, y cuando hubo terminado, dijo:

—Llevas razón. Venga un abrazo. Desde ahora seremos los mejores amigos del mundo.

—¿Y el ratón?

—¡Es verdad! Debemos también ser amigos del ratón.

Y se fueron los dos hasta el armario donde el ratón se escondía.

—Sal, ratoncito resalao, que te esperan dos buenos amigos —dijo el perro, y el gato cantó:

Abandona el escondrijo
y acepta nuestra amistad;
mira que, aunque no lo creas,
lo decimos de verdad.

—Y de todo corazón —añadió el perro.

—Eso no pega —dijo el gato poeta.

Entonces apareció el ratoncito entre una salva de aplausos.

—¡Viva! ¡Viva!

Y se abrazaron los tres con el mismo cariño que abraza la gente en las estaciones de ferrocarril.

Desde entonces la amistad fué estrechísima, y los tres paseaban juntos por los pasillos, cantando alegremente:

Quien no ha visto a estos amigos
no ha visto la maravilla
de que coman los tres juntos
en un plato de cordilla.

—Y de huesos —añadía el perro, que no tenía el menor sentido de la rima.

Un día, un día que el perro había salido de paseo, no sabían los otros dos cómo pasar la tarde.

—Vamos a jugar —propuso el gato— a que tú eras una bolita y yo jugaba contigo.

—¿Y tú qué eras? —preguntó el ratón.

—Yo era el gato; ¿quién iba a ser?

Aceptó el ratón y comenzó el juego. El ratón rodaba hecho una bola de pelo gris, escondiendo sus patas con mucha gracia,

y el gato le perseguía dándole zarpazos cariñosos. ¡Qué risa pasaron! Pero en mitad del juego, quizá porque el gato, animado como estaba con aquel partido, diera un zarpazo, quizá demasiado fuerte, el ratón no se movió.

—¿Qué te pasa? ¿Te has cansado?

(El ratón no contestaba.)

—¿No quieres jugar ya?

(El ratón, quieto.)

—¡Eres un tonto! ¡Me enfado!

Y se fué, dejando al ratón tieso e inmóvil en el suelo. A poco llegó el perro y le preguntó al gato por el amigo común.

—Es un majadero. No ha querido seguir jugando conmigo.

—¿A qué jugabais?

—Al gato y la bolita.

—Pues vamos a jugar tú y yo, ¿quieres?

—¡Estupendo! ¿Quién hace de bolita?

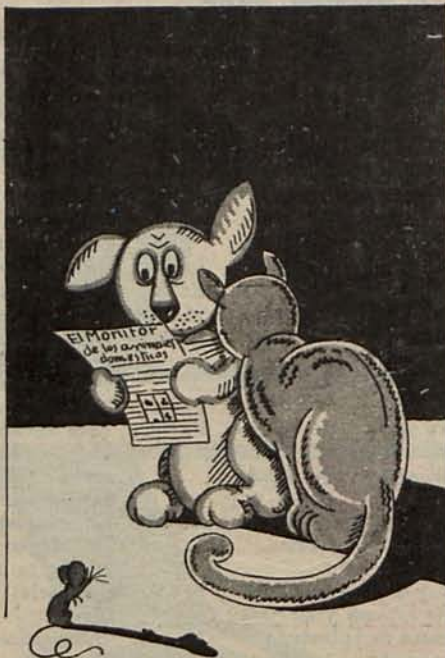
—Yo —dijo el perro.

—Y yo, de gato. ¡Muy bien!

Y siguieron jugando; mas con tan mala suerte, que una vez, sin querer, la bolita mordió la cabeza del gato. Fué un terrible momento. El gato arañaba furiosamente a su amigo. Pero luego ya no le hizo nada y se quedó tan tieso como se había quedado el ratón.

—¿No quieres jugar? ¿No quieres jugar? ¡Contesta! Eres un pesado. No juego contigo. Además, me has herido con tus uñas, ¿sabes?

Se fué el perro muy disgustado y ya nunca volvió a ver a sus amigos. Tardó también mucho tiempo en curarse los arañazos. A veces el cariño demasiado fuerte es peor que la más terrible enemistad. —José L. Rubio.



ME HACE V. EL FAVOR ¿EL CAMINO MÁS CORTO PARA LLEGAR A LA CIUDAD?

SI NO SE QUITA DE EN MEDIO, LO LLEVO ENSEGUIDA

POTIPÁN Y CAÑAMÓN

¿HAY QUE TENER "CUIDAO" DEL COCHE, SEÑORITA?

ME PARECE MUY BIEN. PEQUEÑO. CUIDA DE EL HASTA QUE BAJE.

ESTOY CUIDANDO ESTA "TONTERIA" DE AUTO.

BUENO. YETE. AL CAFÉ Y DI A LOS AMIGOS QUE NO PUEDO IR ESTA TARDE. YO TENDRÉ CUIDADO DEL AUTO HASTA QUE VUELVAS.

¡BÁJESE AHORA MISMO, SO SINVERGÜENZA!

¡GUARDIAS!

¡LADRÓN!

¡A ESE!

¡A ESE!

HAGA V. EL FAVOR DE DECIRLE A PAPA QUE HE ESTADO AQUÍ, COMO QUEDAMOS. ME VOY A DAR UN PASEO Y ESTARÉ DE VUELTA A LA UNA.

SE DEBEN USAR TEDES HABER CRUZADO EN EL ASCENSOR. ME DIJO QUE LA ESPERABA A V. EN LA PUERTA.

MIRA, PEQUEÑO: MI PADRE SE HA MARCHADO. ¿QUIERES VENIR A COMER CONMIGO?

¡YA LO CREO QUE QUIERO! ¿Y QUÉ VAMOS A COMER?

¡UFFF! ¡VAYA PLANCHA! ¡NADA, YO HUBIERA JURADO QUE AQUÉL ERA MI AUTOMÓVIL!

¿ES DE USTED ESTE AUTO? ¿HABRÁ COSTADO MUCHO...? ¿HACE MUCHO QUE LO TIENE? ¿VAMOS MUY LEJOS?

SI. NO. SI. NO.

OYE, POTIPÁN. ¿QUÉ MÁS QUERÍAS QUE LE PREGUNTASE?

¡ESTOY RENDIDO, MIJA MÍA! ¿SI VIERAS LO QUE ME HA PASADO ESTA TARDE! VERÁS...

BUENO, PAPA, AHORA ME LO CONTARÁS. PRIMERO VAS A CONOLER A MI GIGANTESCO AMIGO CAÑAMÓN Y DE PASO DARÁS LAS GRACIAS A SU HERMANO, POTIPÁN, QUE HA EVITADO QUE UN LADRÓN SE LLEVARA EL AUTOMÓVIL.

POTIPÁN SE ESTÁ LAVANDO PARA IR AL COMEDOR.

¿CÓMO? ¿ESE ES TU HERMANITO?

ESE ES MI HERMANITO. ES FÁCIL DE LONTENTAR: CON UN PAR DE DUROS...

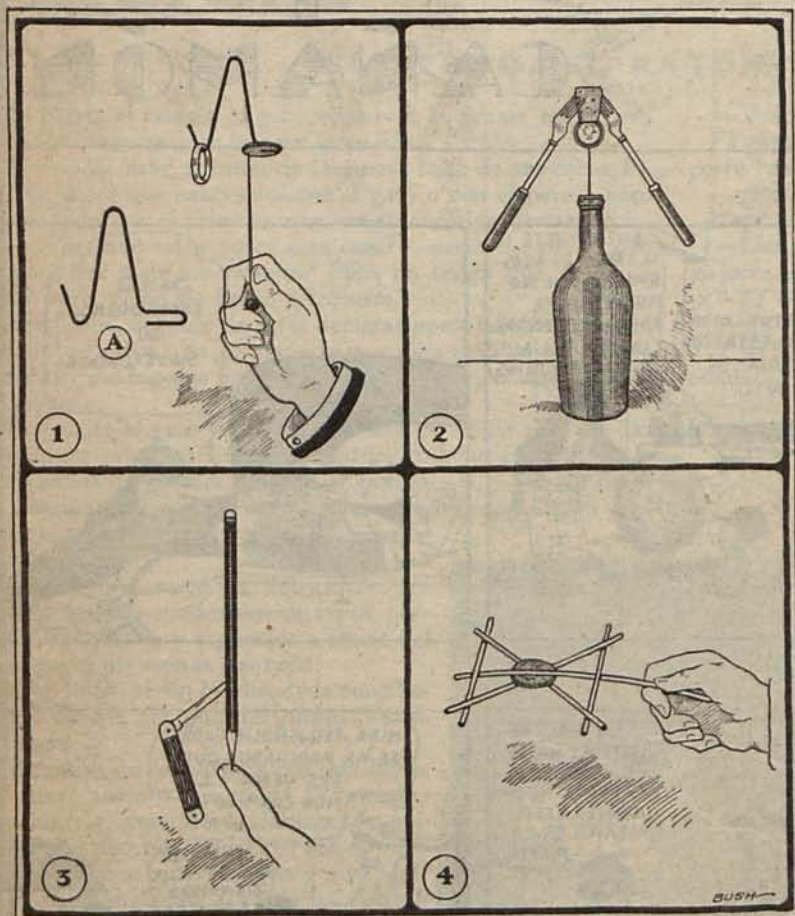
¿UN PAR DE QUÉ...? ¿SÍ ES EL ANIMAL QUE ME ECHÓ DE MI COCHE!

¡POM!

CONCURSOS PERMANENTES

EL DE PROBLEMAS

CUATRO CURIOSOS EXPERIMENTOS DE EQUILIBRIO

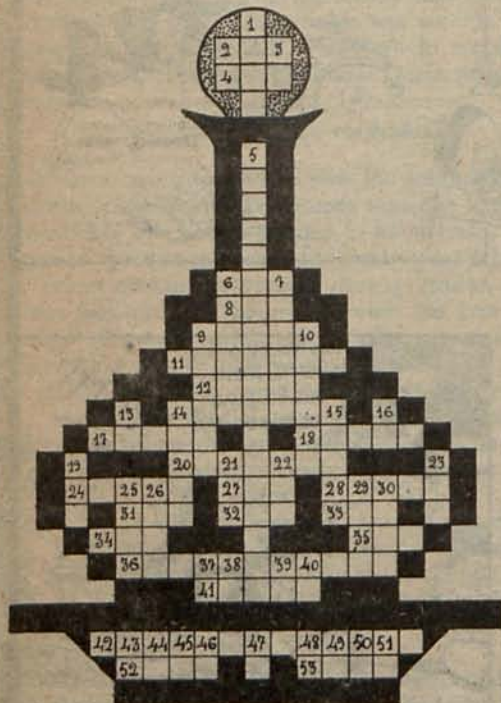


Si te propones, lector, sostener en equilibrio una moneda en la punta de un alfiler, un lápiz en la punta de un dedo, o sostener una moneda por medio de una paja, puedes atreverte a realizar tales proezas. Las figuras adjuntas te enseñarán el modo de salir del paso. En el primer caso (fig. 1) doblas una horquilla en la forma que se indica en A. Metes la moneda en la parte estrecha y cuelgas un aro del otro extremo, y ya puedes colocar la moneda de modo que el borde más inmediato al aro se apoye sobre la punta del alfiler. También puede hacerse el experimento del modo que indica la figura 2. Se hace una ranura en un tapón de corcho, y después de clavar en el corcho dos tenedores, podremos sostener en equilibrio el tapón, los tenedores y la moneda del modo que se ve en la figura 2.

Clavemos la hoja de un pequeño cortaplumas en la madera de un lápiz, en un punto próximo a la punta, y dejando el cortaplumas medio abierto, podremos sostener el lápiz en la punta del dedo, como se ve en la figura 3. Hay que tener la seguridad de que el cuchillito está bien clavado en el lápiz, porque si se desprendiera podría hacernos un corte en el dedo. Para que estos experimentos salgan bien conviene realizar antes algunos tanteos.

Si queremos sostener una moneda con una paja, procederemos del siguiente modo: Coloquemos otras cuatro pajitas en torno de la moneda, tal como se ve en la figura 4, y entonces podremos sostener el conjunto con otra paja un poco más larga, como habíamos prometido a la concurrencia. (Fuera de concurso.)

LA BOTELLA



INDICACIONES

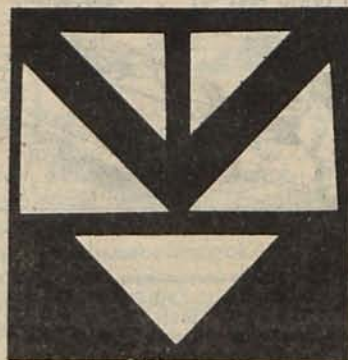
VERTICALES

1. Travieso.—2. Artículo.—3. Tiempo de verbo.—5. Sin determinación.—6. Mico.—7. Engordar a los animales.—9. Arbol americano parecido al cedro.—10. Lugar en la provincia de Soria.—13. Nombre que se da al golpe que se da en el tambor con la mano derecha.—14. Tejido a manera de cinta.—15. Brotar.—16. Terminación de verbo.—19. Dos.—21. Regular.—22. Voz que imita al golpe.—23. Astro.—25. Eter, variadas las letras.—26. Provincia.—29. Título de honor que se da en Inglaterra.—30. Espadaña, planta.—37. Nota.—38. Artículo.—39. Preposición.—40. En la.—43. Tiempo del verbo ser.—44. Nombre de letra.—45. Asistir.—46. Nota.—47. «Lla no doi».—48. Pronombre.—49. Artículo.—50. Negación.—51. Pronombre.

HORIZONTALES

2. Artículo.—4. Al aplaudir.—6. Parte del año.—8. Altar.—9. Parecido a otro.—11. Por donde se va de un punto a en plural.—12. Simias.—14. Aventajaras.—17. Sobretudo.—18. Arbol de Filipinas.—20. Sitio lleno de lodo.—24. Viejo.—27. Que manda en la casa.—28. Que no ha sido herido.—31. Adverbio.—32. Cabeza de ganado.—33. Bebida.—34. Letra.—35. Pex de género salmón.—36. Divertida.—41. Nombre de mujer.—42. Con decisión.—52. General que combate en Africa.—53. Nombre de varón.

JUAN SÁNCHEZ CAMPOS.
15 años. Urcila del Campo (Almería).
125. P. Sección B.



ROMPECABEZAS

Con estas cinco piezas constrúyase un ave muy conocida de los niños.

126. P. Sección B.

PILAR GILLIS YUSTE.
Trece años. Guernica.

EL ZORRO Y EL CUERVO



Todos conoceréis la fábula de *El Zorro y el Cuervo*, y os acordaréis de cómo el zorro, astutamente, elogiaba la voz del cuervo, para que éste, incauto, abriera el pico para cantar o dar las gracias, y con esto hacer que se le cayera el queso y comérselo el zorro.

Pues bien: esta divertida escena la contemplan un labriego y su perro ocultos en el campo. ¿Dónde se hallan escondidos? (Fuera de concurso.)

Las condiciones completas para este Concurso y sus premios se han publicado en núms. anteriores de PINOCHO

CONCURSOS PERMANENTES

DIBUJOS :: HISTORIETAS :: CHISTES ILUSTRADOS :: CHISTES SIN ILUSTRAR :: CUENTOS ILUSTRADOS O SIN ILUSTRAR

DIBUJOS



Pirula.
GREGORIO DE LA CRUZ
Trece años.
San Sebastián.
625. D. Sección B.



Mis gatitos.
ISABEL MARTÍN.
Once años.
Ceuta.

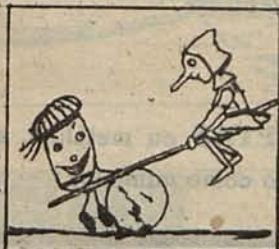
Siluetas de la Revista PINOCHO.

JOSÉ SERRANO CUBILLO.
Nueve años. Villanueva.

627. D. Sección A.



El susto de Currinche.
CARMENCITA ZABALETA.
Doce años. Madrid.
628. D. Sección B.



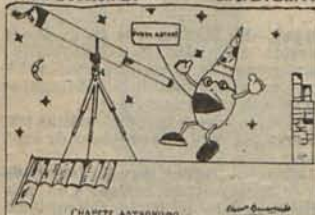
Pinocho y Chapete en el columpio.
TOMÁS DE A. MONTALVO.
Nueve años. El Escorial.
630. D. Sección A.



Dando lecciones.
CONCHA VILDÓSICA.
Quince años.
San Sebastián.
633. D. Sección B.



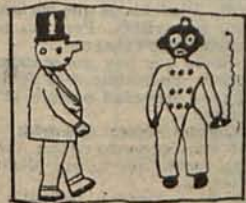
Una goleta.
L. SANTAB.
Doce años.
Madrid.
634. D. Sn. A.



Chapete, astrónomo.
CÉSAR BENAVENTE.
Catorce años. Gijón.
636. D. Sección B.



Guerra entre Pinochistas y Chapetones.
EUCENIO MORALES.
Once años. Madrid.
638. D. Sección B.



Buenos amigos.
CARMEN DEL BUSTO.
Doce años. Madrid.
641. D. Sección B.

Lo prometido es deuda.

Pues, señor: Era un Rey inmensamente rico que tenía un solo hijo, y el cual enfermó sin que los médicos de Palacio supiesen qué enfermedad padecía; el padre, perdidas las esperanzas de salvarle, ofreció a quien pusiese bueno al Príncipe la mitad de sus tesoros. Llegaron a Palacio médicos y sabios de todos los países del mundo, y nadie acertó con la enfermedad; cuando más desesperados estaban pasó por el pueblo una viejecita muy pobre, que al enterarse de lo que ocurría en Palacio quiso ver al Príncipe, diciendo que tal vez ella con unas hierbas que guardaba pusiera bueno al Príncipe. Enterado el Rey por la servidumbre mandó subir a la viejecita a sus habitaciones, y allí dijo al Rey que si daba palabra de casarla con el Príncipe, que ella se comprometía a ponerlo bueno; que despreciaba los tesoros, pero que era preciso que se quedase ella sola de enfermera del Príncipe tres días, y que nadie entrase a verle. El Rey, al oír aquello, mandó arrojarla de Palacio. Aún no habían pasado cinco minutos, cuando entró el mayordomo avisando al Rey que el Príncipe empeoraba por momentos; al ver el Rey a su hijo se acordó de la viejecita, y mandó que la hicieran subir, pensando que si el Príncipe se ponía bueno no sería tampoco difícil convencer a la viejecita de que su boda con el Príncipe sería un disparate, porque él no tenía aún veinte años. Quedó la viejecita de enfermera del Príncipe, y ya os podéis figurar la intranquilidad y el sobresalto que había en Palacio hasta que no cumpliese el plazo de tres días que dió la viejecita; pasados los cuales, y en medio del asombro y la sorpresa de todos, apareció el Príncipe completamente bueno. Figuradse también la alegría del Rey, que no hacía más que tocar y mirar a su hijo, y, como es natural, se olvidó de la viejecita; y ésta entonces le dijo al Rey que ella ofreció poner bueno al Príncipe si después se casaba con ella; que ahora le tocaba a él cumplir lo que ofreció. El Rey dijo que también él necesitaba solucionar todo lo referente a la boda, y que tenía que encerrarla a ella otros tres días, para él pensar bien lo que tenía que hacer. Accedió la viejecita, y en unos terrados fué encerrada. El Rey mientras tanto fraguó la manera de hacerla desaparecer, y a los tres días él mismo, con dos criados que ya de antemano iban preparados, abrió las puertas del encierro, y en lugar de la viejecita hallaron una linda Princesa, con cabellos de oro y ojos de cielo, que los dejó pasmados; además estaba lindamente vestida, lo que hizo suponer que sería una Princesa encantada, y esto se comprobó por los vestidos en que iba envuelta cuando entró en Palacio.

Cuentan los de aquellos tiempos que la boda se efectuó, que hubo grandes fiestas en Palacio, que después se supo que ella era hija de un Emperador ruso, y que, por usurparle el trono, unos parientes la embrujaron al nacer, con la maldición de no volver a su estado normal hasta que, rodando por el mundo, no tropezase con un trono en lejanas tierras.

77. C.

AURORITA FERNÁNDEZ COS.
Diez años. Jaén.

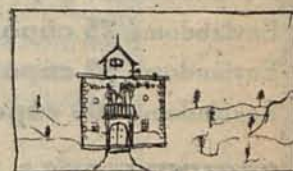
¿Qué nación es la que más músicos tiene?
Italia, porque todos tienen liras.

CARMINA Y ANGELITA REVUELTA.
Nueve y seis años. Santander
45. CH.

¿Cuál es el colmo de un dentista?

Arreglar una boca... calle.

VÍCTOR FERNÁNDEZ.
Once años. La Magdalena.
46. CH.



Villa Pinocho.
PEDRITO QUIRIONES.
Diez años. Madrid.
629. D. Sección B.



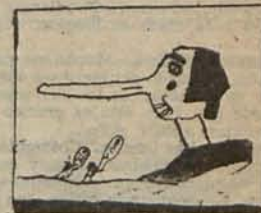
Don Piruli.
A. GARCÍA.
12 años. Barcelona
631. D. Sec. B.



Un piel roja.
MARIANO URDIAÍN.
Nueve años. Madrid.
632. D. Sección A.



Pinocho y Pirula respirando aires puros.
CARMEN RAMOS GUERRÓS.
Ocho años. Málaga.
635. D. Sección A.



Busto de Pinocho en bronce.
ALFONSO TUDELA.
Nueve años. Madrid.
637. D. Sección A.



Roequeso.
JOSÉ M. SOLER.
13 años. Escorial.
639. D. Sec. B.



Don Turulato.
JAIME DE NORIEGA.
9 años. Madrid
640. D. Sec. A.



Paisaje.
MARÍA LUISA REYES.
Ocho años. Sevilla.
642. D. Sección A.

Los Pinochistas cuyos trabajos se publiquen en esta sección tendrán derecho a pedirnos diez ejemplares del número en que su trabajo aparezca al precio especial de 30 céntimos.

¡A GANAR DINERO Y COSAS BUENAS!

PINOCHO ha pedido a sus amigos un favor muy importante: que le consigan suscritores.

PINOCHO ha ofrecido a sus amigos corresponder a ese favor con lo que él ha llamado **cosas estupendas**, que son las siguientes:

PRIMERA COSA ESTUPENDA.—Por cada suscripción **nueva** de un año, que con su importe (20 pesetas) me remita un Pinochista suscriptor, recibirá un **Cupón-regalo**. Estos **Cupones-regalo** los debéis conservar. Cuando tengáis varios, los podréis canjear por regalos en la siguiente forma:

Enviándome **3 cupones regalo**, recibiréis una **pluma estilográfica**.

Enviándome **6 cupones regalo**, recibiréis un **balón de fútbol**.

Enviándome **10 cupones regalo**, recibiréis un **reloj de pulsera de plata**.

Enviándome **25 cupones regalo**, recibiréis una **máquina fotográfica**.

Enviándome **50 cupones regalo**, recibiréis un **reloj de pulsera de oro**.

Enviándome **100 cupones regalo**, recibiréis una **magnífica bicicleta**.

SEGUNDA COSA ESTUPENDA.—Además, por cada suscripción nueva de un año que me remitáis con su importe, os regalaré un **lote** de cincuenta números para la rifa de

¡¡CINCO MIL PESETAS EN METÁLICO!!

que se sortearán en cuanto esté repartido el **lote** núm. 10.000.

TERCERA COSA ESTUPENDA.—En Navidad de 1926 regalaré **MIL PESETAS** en metálico, al Pinochista que más suscripciones me haya enviado, siempre que su número pase de ciento como minimum.

CORRESPONDENCIA

El mismo denunciante a que en esta sección nos referíamos en el núm. 33 de PINOCHO ha vuelto a escribirnos, demostrando que el caso de *fusilamiento* se ha repetido. Pinocho es incapaz de enfadarse con un niño; pero advierte a la interesada —porque es del sexo bello— que necesitando, por ejemplaridad, dar una sanción a su contumacia, la declara excluida de los concursos permanentes durante todo este año; y si por descuido o por otra razón se publica algún otro envío suyo, no tendrá derecho a premio en ningún caso. Por lo demás, tranquilícese nuestro alirado comunicante, porque la grey Pinochista es de una honradez sin límites. Además, un Pinochista atento no *fusila* trabajos ajenos. Primero, porque es cosa fea y prohibida hasta por la ley; y segundo, porque como dijo Pinocho al nacer: «Prefiero poca gloria, pero mía, a engalanarme con plumas de pavo ajeno».

Antonio Salcedo Ruano. (Valladolid).—Muy bien. Pero no publicaré más que tres dibujos —correspondientes a los tres cupones. Los demás, aunque merecen toda clase de elogios, quedan sin publicación. Tú sabrás disculparme.

Magdalena Colino.—Mucho me gustaría complacerte en esta ocasión. Pero no puedo, no puedo si quiero ser con todos el mismo. Como suscritora puedes contar, ya lo sabes, con los cien números del sorteo, y como colaboradora... no puede ser. Para ello es preciso haber publicado algo. Lo tuyo, sin duda, está próximo a salir, pero...

Marcel y Jaime Gómez. (Colombia).—Mis queridos amiguitos: He recibido vuestra simpatísimas cartas, y con ella una gran alegría. Efectivamente, podéis mandarme cuantos trabajos queráis, en la seguridad de que serán publicados. Estos que hoy recibo, con ser tan buenos, no puedo publicarlos, por venir a lápiz y en un papel impropio para la reproducción. Los dibujos deben hacerse en papel blanco y con tinta negra. En cuanto a la revista porque me preguntáis, no es mía, no me pertenece; murió hace tiempo y se fué del mundo sin despedirse. En fin, a mandar, a mandar trabajos, cuentos, chistes, dibujos, lo que queráis.

Anita Pérez.—No tienes que agradecerme nada, querida Anita. Cumpro con mi deber —y con mucho gusto en este caso— al publicar tu obra. Remíteme cuantas cosas quieras.

Mercedes Ballón. (Melilla).—Encantado con tu dibujo. Pero no escojo más que uno, el que corresponde al cupón.

Andrés Garrido Soriano. (Pontevedra).—Mi querido Pinochista: He recibido tu amabilísima carta. Agradezco tus elogios, tus frases, tus palabras, tus letras. ¡Merezco todo lo que me dices! Creo que sí. No soy modesto, es decir, no soy hipócrita. Digo la verdad, lo que siento, como tú, al escribirme, dices también la verdad, lo que sientes. Ahora que... como soy tan sincero, debo confesarte que no puedo hacer lo que me pides. No puedo facilitarte unos números a los que no tienes derecho, querido Andrés. Pero ello no debe apurarte mucho. Ya tienes números —cien— como suscriptor. ¿Crees que no puede tocarte un premio, un estupendo premio? Tienes menos probabilidad con cien que con trescientos, por ejemplo; pero con la suerte que tú tienes...

Antonio Viqueira. (Madrid).—Querido Antonio: Ya ves, no obstante lo

que me dices en tu carta, por más que busco en los libros de la redacción, no encuentro tu nombre. ¿Qué ha ocurrido? Si tu dibujo llegó a mis manos, es seguro que ha de estar ya, dado el tiempo transcurrido, para salir. De todas formas, me permito indicarte que me remitas nuevos dibujos, nuevos trabajos tuyos. Siempre tengo un especial interés por toda la colaboración que recibo; pero en este caso particular, mi interés será redoblado, pues quiero demostrarte hasta qué punto deseo la satisfacción y el contento de mis queridos amigos los Pinochistas. Te espero.

Pirula. (Málaga).—No conozco tu apellido. He recibido tu carta sin otra seña que tu nombre, muy bonito por cierto. Que vengas a Madrid es cosa que verdaderamente me encanta. Ahora que tan atareados como estamos, acaso no tengamos un ratito para pasear contigo, como sería nuestro gusto. Pirula leyó tu deliciosa carta, y ha quedado en hacer algo de lo que le pides, apenas tenga ocasión para ello. Ya verás, ya verás qué cosa tan bonita hará Pirula, qué modelo de vestido, ya verás. Y para dirigirte a nosotros, a Pirula y a mí, bastará con que pongas en el sobre: «PINOCHO». Apartado 447. Soy muy popular, muy conocido.

Adiós, Pirula.
Alejandro González de Canales. (Málaga).—Es lástima que yo no pueda publicar tu trabajo. ¡Cuánto lo siento, querido Alejandro! Pero han venido sin cupón, y ello es un defecto capital, muy grave, de suma importancia. Vuelvo a repetirte que lo siento. El ciclista que, apenas salido de Málaga, se ve en Torremolinos, constituye un cuadro de extraordinario interés.

Otra vez será. Procura enviarme los cupones, siempre que me remitas trabajos de colaboración. Adiós, querido Pinochista. ¡Ah!, me olvidaba de esto: Los dibujos con tinta negra, nunca a lápiz.

Lolita Rodríguez Bauzá. (Madrid). Mi simpatísimas amiga: Con muchísimo gusto te mandaría mi fotografía; pero no te la puedo mandar. No me he fotografiado nunca. De estas peticiones he recibido muchísimas y siempre he tenido que contestar de la misma manera; esto es, negativamente. Si repasas el núm. 33 de mi semanario, podrás leer lo que contesto, sobre el mismo particular, a Marujita Bello y Montero de Espinosa. Pero eso no obsta para que tú me mandes tu fotografía, ya que así lo prometes. Mucho me alegraría conocer personalmente a todos los Pinochistas, y ya que se me ofrece espontáneamente la ocasión de conocer a una de mis admiradoras, no eludo la ocasión.

Aurorita Carrasco. (Barcelona).—Efectivamente, es una lástima que no podamos publicar trabajos en colores, máxime cuando existen Pinochistas como tú, Pinochistas que harían verdaderas maravillas. Pero no puede ser, sus razones existen.

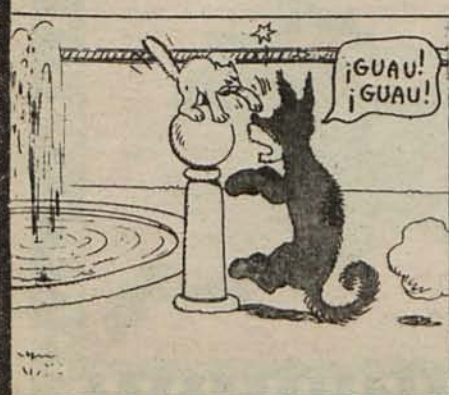
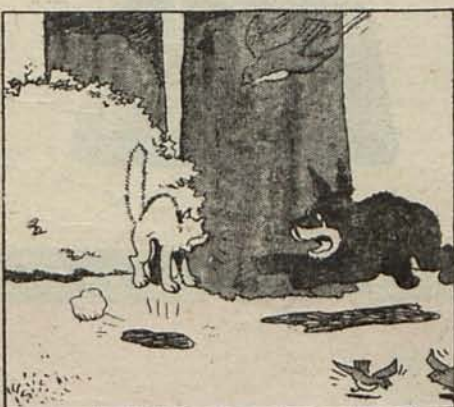
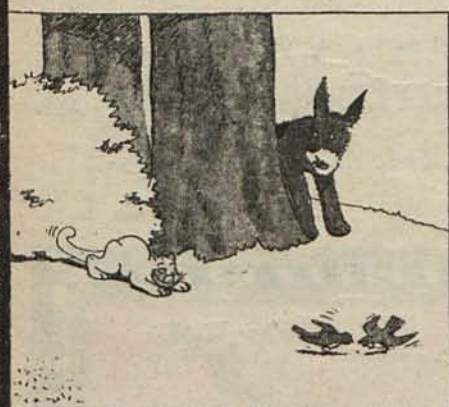
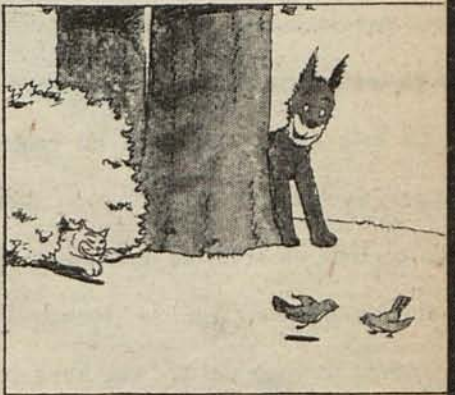
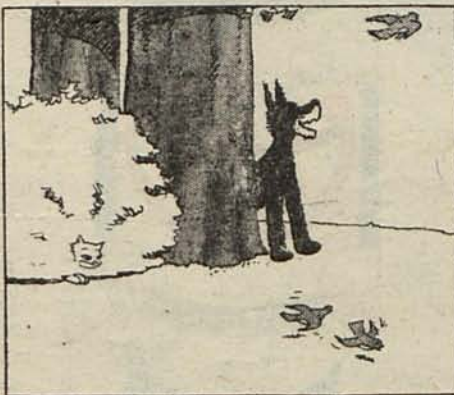
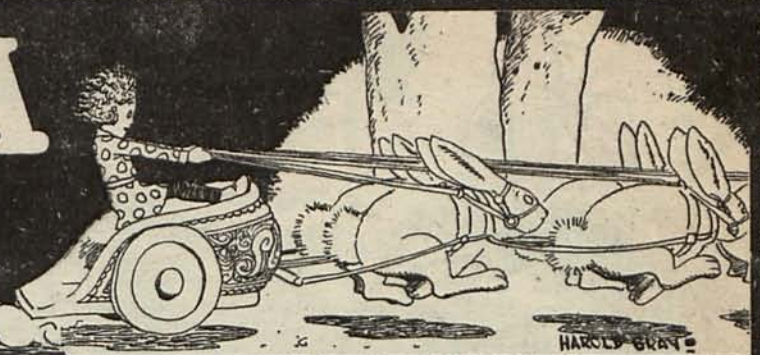
El dibujo que hoy me mandas me ha gustado muchísimo, y lo publicaré a la mayor brevedad posible. ¿Puedo decir más?

Maximino Pérez. (Madrid).—Tu cuento ha llegado sin cupón. Ya puedes suponer lo que quiere decir esta frase terrible.

José Moya-Angeler. (Madrid).—Tu relato ha venido a mis manos sin el cupón de concurso. Adivina el duro destino, el silencio, el abandono, la noche eterna que se cierne sobre tu obra.

PINOCHO	
CUPÓN DE CONCURSOS	
DEL NUM. 42	El Pinochista D.
de años, y cuyas señas son	
remite un trabajo para el Concurso de (1).	
Fecha (Si es suscriptor, poner el número)	
(1) Indicar el que sea. Leer bien las condiciones; si falta alguna, no vale el envío. Poned en el sobre: EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. Concursos PINOCHO. Apartado 447. — Madrid.	
SORTEO DE REGALOS DE PINOCHO	
NAVIDAD-REYES DE 1925	
CUPON NUMERO 5	

ANITA BUEN- CORAZON





SECCIÓN PIRULA

PIRULA, PINTORA Y BORDADORA

Cesto para ropa.

Chapete, ebrio de aguar-
[diente,
os contempla sonriente.

Bueno, ya comprenderéis que eso del aguardiente lo he puesto para que caiga en verso, pero no es verdad. ¿Cómo si no os iba a proponer a Chapete para la fabricación de un cesto que ha de figurar en vuestro cuarto?

La sonrisa diabólica del malvado corsario, capitán del «Chacal», obedece precisamente al orgullo de verse en tan honroso lugar.

En este cesto, que será un cesto vulgar de mimbre, forrado con una tela pintada en la forma que indica el grabado, echaréis por la noche, al acostaros, la ropa del día que haya de lavarse, lo cual resultará mucho más pulcro que dejarla en el suelo.

Motivo de malla bordada.

¿Conque sonriente, eh? Pronto se

le ha acabado la sonrisa a Chapete. Tan pronto como ha visto aparecer a su triunfante enemigo, el glorioso Pinocho, el muy cobarde ha echado a correr, señal de que no tiene la conciencia tranquila.

Pinocho, intrépido siempre, echa a correr detrás de él, y yo, que presencio la persecución, aprovecho el espectáculo para dibujaros un motivo que seguramente reproduciréis con vuestra habilidad peculiar.

Es un adorno precioso para unos visillos que pueden hacerse en tul; en muselina de seda o en *vuela* de algodón, y que irán fruncidos por arriba y por abajo sobre esta franja lisa de malla bordada en colores, lo cual es de un efecto lindísimo y está actualmente muy en boga; o también para mayor facilidad y rapidez de ejecución bordada a punto de cruz en negro sobre un fondo de color o viceversa.

